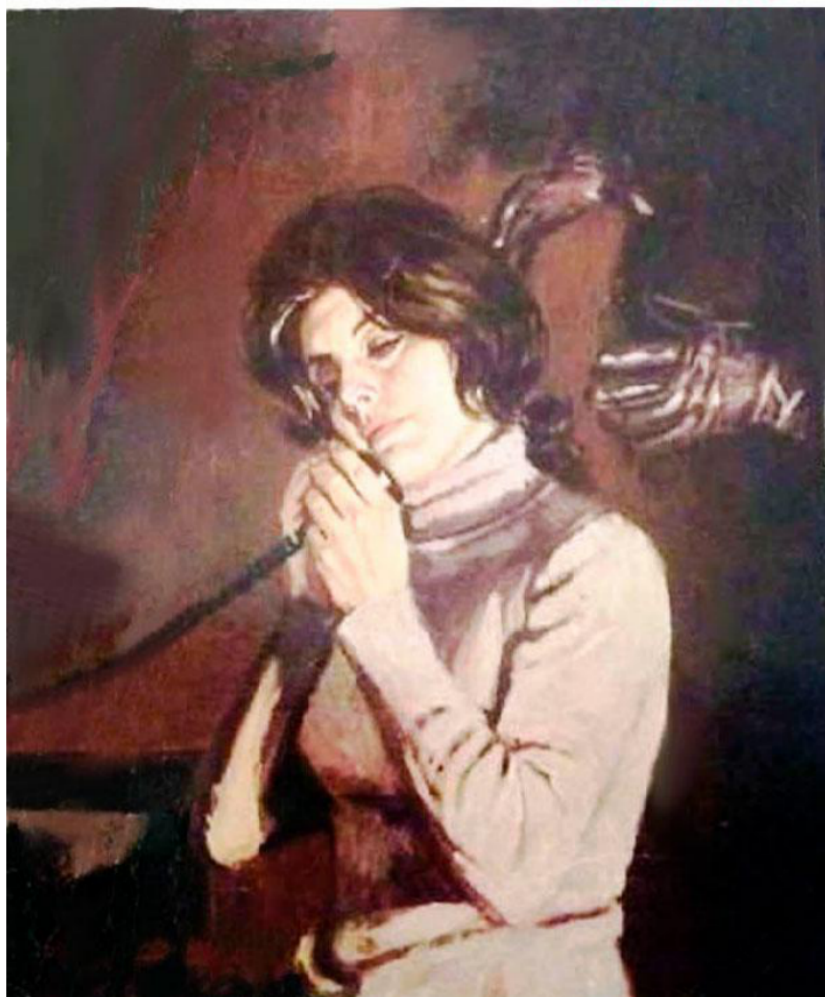




estigma de sangre

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

ESTIGMA DE SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 471

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 12.233 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1971

© BURTON HARE 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.073. — La vuelta de El Exterminador.

En Colección PUNTO ROJO:

463. — El asesino que llegó del frío.

CAPÍTULO PRIMERO

Nakamura se levantó después de dar dos vueltas sobre sí mismo. Sus dientes amarillentos asomaron entre los labios al sonreír.

—Te dije que eras tan bueno como yo —dijo suavemente—. Sólo te falta constancia, practicar todos los días. Podrías ser el mejor de...

—Eso es un pasatiempo, Nakamura, no confundas las cosas. ¿Lo intentamos otra vez?

—Basta por hoy —decidió—. Pasó tu hora y hay otros alumnos esperando.

Sentía el sudor correrme por todo el cuerpo. Había que reconocer que había sido duro. Muy duro después de la larga ausencia de las salas del japonés.

Me envolví en la gran toalla y él hizo lo mismo con la suya, frotándose como si quisiera arrancarse la piel. Nos encaminamos a las duchas y por el camino indagó:

—¿Dónde fue esta vez, Dick?

—Oriente Medio. Debería sentirme ofendida por tu ignorancia. Se supone que mis crónicas son las más leídas de la nación.

Se echó a reír.

—Nunca leo periódicos —aseguró—. Sólo los deportivos y los que traen reseñas de las carreras de Santa Anita.

—Así nunca serás un intelectual —dije con soma.

—¿Y quién quiere ser un intelectual, hombre?

Entré bajo la ducha caliente y casi me hirvió la piel. Al otro lado de la mampara de cristal, el japonés resoplaba también bajo el agua.

Aquéllas eran unas duchas muy especiales. Uno no controlaba nada en ellas, ni la presión ni la temperatura del agua. Todo estaba regulado de antemano por la particular idiosincrasia de mi amigo amarillo.

Yo sabía lo que iba a venir, de modo que aguanté firme, gruñendo y maldiciendo. Y de pronto llegó.

El agua ardiente fue sustituida de repente, sin previo aviso, por un chorro helado, tan condenadamente frío como si saliera directamente del mismo polo.

Di un brinco y un grito, todo al mismo tiempo. Oí la risita sarcástica de Nakamura y luego su voz:

—¡Era lo que necesitabas, muchacho! ¿No te diste cuenta de cuán anquilosado estabas?

—¿Anquilosado? —grité—. ¡Te revolqué tantas veces como quise, maldita sea!

Siguió riéndose, pero oí también sus bufidos al soportar aquella condenada temperatura.

Luego, cuando ya creía que los miembros iban a caerme en pedazos, el agua cesó y yo quedé temblando y resoplando.

Me envolví en otra toalla limpia y salí dando saltos para reaccionar.

Nakamura se había enfundado en un grueso albornoz de felpa y no parecía afectado por nada. Sonreía placenteramente y, señalándome una puerta, dijo:

—Quince minutos, Dick. Verás como vuelves a ser el de antes.

Miré hacia allí con temor. Aquello era el obligado final, pero era también lo peor de todo.

—¿Crees que es imprescindible? —Intenté protestar.

—Absolutamente. Te sobra grasa por todas partes.

Rezongando, crucé aquella puerta. Instantáneamente me envolvió un olor dulzón y tinas paredes blancas que relucían como espejos.

Había una mesa alargada en mitad de la estancia, y junto a la mesa un descendiente directo de los mastodontes antediluvianos. Una mole de carne y músculos de casi siete pies de estatura y la mitad de amplitud, envuelto en una holgada bata blanca. Un cráneo enorme, pelado y reluciente, coronaba el conjunto salvaje de primitivismo.

Me miró con sus ojillos entrecerrados y creí descubrir en ellos un destello de anticipada satisfacción.

—Bien venido, señor Latimer —retumbó su voz como un trueno—. Ha pasado mucho tiempo desde la última temporada que estuvo

aquí.

Avancé sin entusiasmo.

—Puedo asegurarle, Kuo, que no le eché de menos ni un segundo en todo este tiempo. Se rió. Su risa era lo más semejante al ruido de un terremoto que uno podía imaginar.

Sus enormes manos se abrían y cerraban como cepos gigantescos, en un placer anticipado.

Cuando decidió que ya había estremecido bastante las paredes con su risa dijo, señalando la mesa de masaje:

—Tiéndase, por favor.

Me despojé de la enorme toalla y me tendí en la mesa.

Lo que siguió es algo que no por experimentado otras veces resultó mejor. Empezó a amasar mis músculos, tratando de arrancar puñados de carne.

Creo que aullé en algún momento sin que me hiciera ningún caso. Sólo una vez comentó:

—Está usted un poco estropeado, señor Latimer... Un mes en mis manos y volverá a ser lo que era...

—Un mes en tus manazas y tendrán que enterrarme en pedazos...

Un timbre zumbó en alguna parte. El rezongó entre dientes y dejó de esparcir mi cuerpo a puñados, alejándose. Descolgó un auricular y gruñó.

Luego, a regañadientes, dijo:

—Para usted, señor Latimer.

Me levanté. Me sorprendió advertir lo ágil que me sentía después de aquella tortura.

Mis músculos parecían haber rejuvenecido diez años en pocos minutos.

El me ofreció la toalla, en la que me envolví.

La voz del teléfono era seca, retumbante y autoritaria. La conocía muy bien.

—¿Richard? —retumbó el auricular—. ¿Cuánto tardará en estar en mi despacho?

—¿Qué?

—¿Es que no funciona ese teléfono o qué pasa? Le hice una pregunta. ¿Cuánto va a tardar en llegar aquí?

—Exactamente, veintinueve días. Ayer empecé mis vacaciones.

—Le doy treinta minutos. Dejaremos sus vacaciones para mejor ocasión.

—¡Eh, espere un minuto, no puede...! Le oí reír y la comunicación se cortó.

Colgué el auricular y consideré seriamente la cuestión. Tenía treinta minutos para..., ¿para qué?

En ese tiempo podía mandarlo al infierno y continuar vagando... Lo malo sería que si lo hacía así debería seguir vagando mucho más de un mes porque perdería mi empleo. Y un empleo que, entre unas cosas y otras, le produce a uno mil dólares a la semana, aparte algunas otras ventajillas, era como para tenerlo en cuenta.

Lo tuve en cuenta y me vestí rápidamente, ante el desconsuelo de mi amigo Kuo, al que parecían haber inferido una ofensa personal. Tal vez lamentaba no haberme partido por la mitad al principio...

Era un despacho de unas proporciones descomunales, con altas estanterías rebosantes de libros, revistas y papeles en un bien estudiado desorden.

La mesa en forma de riñón hacía juego con la estancia en cuanto a dimensiones, y la cubría una auténtica marea de papeles, documentos, galeradas, volúmenes y teléfonos, todo ello bien mezclado como un buen cóctel.

Había otros muebles aquí y allá, los suficientes para llenar una tienda de regulares dimensiones.

Y magnetófonos ocultos, intercomunicadores, un enorme archivador de acero, un gran ventanal y una pantalla cinematográfica en una pared, en la que solían proyectar algunos noticiarios que interesasen particularmente al Gran Tipo.

Éste me esperaba arrellanado en su sillón anatómico y basculante.

Erle Innes, como contraste con el decorado que le rodeaba, era un individuo de mediana estatura, delgado y quebradizo, de facciones como un buitre, y un cráneo afilado cubierto por un puñado de estopa rojiza.

Sus ojos eran lo más implacable que uno pueda imaginar, y no hablemos de su sonrisa de lobo.

Cuando entré, había otro hombre sentado en el lado de la mesa destinado a los visitantes. Éste era un hombre recio, vestido con

discreta elegancia. Tenía el aspecto de uno de esos ejecutivos, de brillante porvenir, que aparecen en los anuncios de televisión.

—¿Y bien? —estallé cuando hube cerrado la puerta—. ¿Qué maldita idea se le ocurrió ahora? Usted aceptó mis treinta días de vacaciones. No tiene derecho a borrarlos así como así.

—Siéntese.

—Escuche...

—¡Siéntese! Me senté.

El dijo, sin alterar la voz:

—Este caballero se llama Herbert Ford, y es un espectador de nuestra charla... Un simple espectador sin voz ni voto.

—¿Qué clase de juego es éste? —dije entre dientes.

—Ahora lo verá.

Herbert Ford me sonrió educadamente. Eso fue todo lo que hizo. Mi jefe encendió un cigarrillo, sin acordarse de ofrecer a nadie. Tras esto dijo:

—En cierta forma, lo que quiero que haga, para un tipo como usted, casi podrán considerarse unas vacaciones.

—Ya sé lo considerado que es usted, señor Innes —dije con voz que chirriaba.

—Sí... ¿Ha oído hablar de Flower Bay?

—No.

—Es una ciudad de medio millón de habitantes..., que en la temporada turística llega al millón y medio.

—¿Y qué?

—Va usted a ir allí, Richard.

—¿Va a pagarme la estancia en un lugar de recreo? No lo creeré en mil años.

—Irá a trabajar, por supuesto.

—Ya veo.

Manoseó los papeles que tenía ante sí y acabó desenterrando una fotografía tamaño postal.

—Usted conocía a Ferguson, naturalmente...

—Trabajamos juntos algunas veces.

—Eche un vistazo. Le gustará su nuevo maquillaje.

—¿Maquillaje?

Tomé la fotografía. Sentí cómo mi estómago se encabritaba tratando de salirme por la boca.

A pesar de mi larga experiencia de reportero internacional, de haber recorrido los más salvajes rincones de la tierra, jamás había visto nada semejante. Aquello no era un rostro humano, sino un simple puñado de carne aplastada.

—¿Éste es Ferguson? —balbucí.

—Era.

Dejé caer la fotografía.

—¿Cómo lo hicieron?

—Golpes y ácido, seguramente.

—Un trabajo repugnante. ¿Por qué?

—No lo sabemos. Mandé a Shaun Rowe a investigarlo, pero se esfumó.

—¿Quién se esfumó? ¿Shaun?

—Exactamente. No quedó el menor rastro de él. Lo único que sé es que llegó a Flower Bay, y eso es todo.

—Ya veo...

—Ahora irá usted.

—¿Tiene la esperanza de que me hagan lo mismo que a Ferguson? Se encogió de hombros.

—No derramaría lágrimas por usted —contestó con sinceridad—. Como tampoco las derramé por él. Se les paga para que hagan su trabajo. Eso son gajes del oficio. Además, en el caso particular de usted, Richard Latimer, se me ocurre que encontraría cualquier corresponsal internacional por la mitad de lo que nos cuesta usted, así que no se ponga bravo conmigo.

—No encontraría otro tan idiota como yo. Hay doscientos siete periódicos que publican mis crónicas en todos los estados, así que sólo con lo que ellos pagan le salgo gratis a ese papelucho suyo...

—¡Señor Latimer! —rugió.

—Sí, señor. Hay espectadores y todo eso. Lo sé, pero usted me saca de mis casillas.

—Hay algunos arreglos que es preciso realizar para su marcha —dijo, volviendo a su voz impersonal y fría—. En primer lugar, usted es un compañero de Shaun que va a Flower Bay en su busca. Además, por supuesto, de ser un corresponsal famoso en todo el país. Eso impresionará y frenará un poco los impulsos de quien sea que esté detrás de este asunto.

—¿Qué asunto? Porque hasta ahora no me ha dicho una palabra

de lo que Ferguson fue a buscar a ese poblacho.

Advertí que los dos cambiaban una mirada antes de que Innes me respondiera, y cuando lo hizo tampoco sirvió de mucho.

—Ferguson trataba de poner al descubierto la corrupción de Flower Bay —dijo—. Esa ciudad es un lugar puramente turístico, donde en la temporada el dinero corre a torrentes. Bueno, todos los resorts, parece ser que están en manos de una camarilla. Ya sabe, el vicio, el juego, las drogas, la política local, todo en sus manazas. El fue a ponerlo en claro.

—¿Desde cuándo el *Sunday Globe* se interesa por estos podridos líos de politiquería local? Mire, hace muchos años que...

—Cierre la boca, Latimer, y escuche.

La cerré y escuché. No había manera de discutir con Innes. Así que él añadió:

—Es posible que haya algo más en el fondo de este embrollo que huele a basura. Vaya y descúbralo. Y trate de encontrar a Shaun Rowe, si es que queda algo de él.

Eché una mirada al espectador silencioso. El tal Ford parecía encontrarse a mil millas de distancia, a juzgar por el interés que ponía en nuestra charla.

El director general de la empresa periodística prosiguió:

—Y escriba, Latimer. Escriba todo lo que crea que deba ver la luz, no importa lo duro que sea, pero asegúrese que podamos respaldarlo con pruebas, o por lo menos con evidencias suficientes para evitarnos una catarata de demandas por libelo.

—No me lo pone muy fácil. Usted sabe muy bien que esta clase de trabajo no es mi especialidad. Si en lugar de haber regresado para mis vacaciones, hubiese seguido en Oriente Medio, usted hubiera echado mano de otro más versado en cuestiones locales.

¿Por qué infiernos no lo hace ahora?

—Porque, además de un buen corresponsal, se necesita que el hombre que vaya a Flower Bay sea también un buen luchador. ¿Quiere otras razones? Ni Ferguson ni Shaun tenían espíritu de guerrilleros. Eran buenos periodistas, pero nada más. Quizá por eso les sucedió lo que sabemos.

—Ya veo, pero déjeme recordarle que no me pagan para luchar, sino para escribir, señor Innes —le insinué diplomáticamente.

Enseñó los dientes en una sonrisa que no le comprometía a nada.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez pierde la cabeza y pide aumento de sueldo. Y ahora, deje de decir tonterías y escuche.

—Muy bien, adelante —asentí resignadamente.

Estuvo hablando un buen rato y nada de lo que dijo me ayudaba en nada. Todo parecía estar muy confuso y yo me preguntaba una y otra vez si no estarían tomándome la cabellera. De tratarse sólo de un asunto de corrupción política local, ¿qué pintaba allí Herbert Ford? Y si Ferguson había sido bárbaramente asesinado, y Shaun había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, ¿por qué los diarios que controlaba nuestra empresa no emprendían una campaña vindicativa?

La Prensa tiene cierto poder, a pesar de todas las corruptelas. Y, que yo recordase, no habían publicado una maldita palabra de todo aquello.

Bien, escuché hasta que él se cansó de hablar y entonces le espeté:

—Ahora, señor Innes, cuénteme la verdad.

—¿Qué?

—Ya lo oyó. Llevo demasiados años en este trabajo para no oler cuándo se me oculta algo. ¿Cuál es en realidad la razón principal de todo esto?

—No tengo más que decirle. Vaya y trabaje.

Aquello era absurdo. No tenía sentido. Cada vez me interesaba más el tal Herbert Ford, el silencioso testigo de nuestra charla.

—De modo —dije de mal humor— que eso es todo lo que piensa usted decirme...

—No puedo decirle nada más porque lo ignoro todo.

Me levanté, mirándoles un tanto desconcertado. Ford examinaba sus uñas con infinita atención. Innes estaba mirándome con la expresión del lobo ante el cordero, como preguntándose en qué lugar sería más tierno para hincar la primera dentellada.

—Está bien —accedí al final—, pero luego no se queje si no encuentro nada... o si piso algunos pies demasiado delicados. No se puede trabajar a ciegas y obtener resultados a la primera.

—Usted puede hacerlo. Se le paga suficiente para que lo haga, por lo menos.

—A ese respecto me gustaría hablar con usted en otra ocasión —dije, esperanzado. Soltó un gruñido. Estreché las manos de los dos y

me largué.

Por primera vez en mi vida, deseé haber elegido una profesión más sedentaria que la de reportero internacional, algo así como domador de tigres o algo semejante. Después de tratar con Innes, no me faltaría práctica.

CAPÍTULO II

Shaun Rowe se había alojado en el hotel Tropic, de modo que allí fue donde dirigí mí «Lamborghini» y estacioné delante de la marquesina de entrada.

El espectacular coche atrajo inmediatamente la actividad de un botones, que salió trotando en busca de mi equipaje.

El «Lamborghini» lo había ganado en Roma a un *play-boy* en una partida de póquer y desde entonces era como mis dos piernas juntas. Nunca me había separado de él, a pesar de que ofrecía sus inconvenientes. Pero también me abría muchas puertas.

El botones agarró la maleta que llevaba en el asiento, a mi lado, obsequiándome con una sonrisa que anticipaba cinco dólares como mínimo.

—¿No lleva más equipaje, señor? —preguntó.

—Esto es todo.

Entramos. El hotel era un edificio nuevo, cómodo y aséptico, que en plena temporada debía abarrotarse hasta los topes. Gracias a ser lo que los profesionales llamaban temporada baja, había sitio de sobra, así que me gané la reverente aprobación del recepcionista.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo con nosotros, señor? —quiso saber.

A mí también me hubiera gustado saberlo, pero lo ignoraba, así que, encogiéndome de hombros, dije:

—Tal vez. Depende de cómo me traten.

—Entonces, señor, estoy seguro que permanecerá mucho tiempo en Flower Bay.

Me asignó una espléndida habitación, casi una *suite*, a juzgar por lo importante que me sentí en ella. El botones dejó la maleta, se embolsó los cinco pavos de reglamento y antes de largarse me insinuó:

—Cualquier cosa que desee, señor, pídale... «Cualquier cosa»,

sea lo que sea.

—Lo recordaré. Ahora, todo lo que quiero es tranquilidad.

Cuando se hubo cerrado la puerta, abrí la maleta y esparcí su escaso contenido por el armario. Aquello estaba destinado a servir simplemente de pantalla.

Tendido en la cama, reflexioné largo y tendido sobre el absurdo embrollo al que iba a meterme sin saber nada de nada.

A Ferguson le habían arreglado tan pronto llegó a Flower Bay, y los que hicieron el trabajo no se habían andado con chiquitas con él.

Shaun Rowe, llegado en pos del compañero asesinado, no había hecho más que llegar a la ciudad y se había volatilizado por completo.

Ahora, acababa de llegar yo y albergaba la esperanza de que, cualquier cosa que sucediese, no fuera tan irreparable como la suerte de mis dos predecesores.

A media tarde descendí al vestíbulo y pregunté por mi coche.

—El portero lo llevó a nuestro garaje, señor. ¿Va a salir?

—Seguro. Quiero dar una vuelta por la población.

—Un minuto.

Manipulé en un intercomunicador, mientras me entretuve en encender un cigarrillo. Cuando terminó de dar instrucciones para que me trajeran el coche, le espeté:

—Me dijeron que mi amigo Shaun Rowe se alojó aquí antes de desaparecer...

El hombre dio un respingo.

—¿Era su amigo?

—Ni más ni menos.

—Ya veo... Sí, señor. Estuvo alojado aquí dos días. Pero nadie ha vuelto a saber de él, ni nadie se ocupó de pagar su cuenta, señor.

Le obsequié con mi mejor sonrisa.

—Yo abonaré esos dos días de mi compañero, si eso ha de devolverle a usted la paz interior, amigo. ¿Qué se hizo de su equipaje? ¿Se lo llevó con él?

—No, señor. Lo tenemos abajo, guardado en el almacén. Aunque, si me permite decirlo, no hay mucho... Una sola maleta, con alguna ropa interior, dos trajes y poco más. Y una máquina de escribir portátil, por supuesto.

—Está bien, alguien lo reclamará en su día. Ahora, dígame, ¿recibió alguna visita mientras estuvo aquí?

Sacudió la cabeza.

—Que yo sepa, no, señor. Aunque bien pudo recibir a alguien que subiera directamente a su habitación.

—¿Y llamadas telefónicas? Creo que ustedes suelen anotarlas...

—Sólo cuando se producen en ausencia del huésped, señor. No hubo ninguna.

—Pues sí que es una ayuda...

—Permítame una pregunta, señor... ¿Se propone usted encontrar a su amigo?

—A eso vine. Asintió, pensativo.

—El señor Rowe era periodista, según creo...

—Lo mismo que yo. Tal vez salga un buen reportaje de este asunto. Incluso es posible que su hotel obtenga una dosis de publicidad gratuita, ¿eh?

La idea no pareció entusiasmarle precisamente.

El portero anunció que el coche estaba en la puerta, y salí.

Di unas vueltas por la población, sin rumbo fijo, sólo para ambientarme y localizar lo que quería.

Lo encontré cuando anoecía. Un edificio de apartamentos de alquiler, casi vacío en esa época. Hablé con el administrador, dejé el depósito requerido y alquilé un piso magnífico por un precio razonable. Desde la terraza podía contemplar la playa y las roquedales que había más allá, detrás de las instalaciones del Club Náutico, en cuyos muelles se mecían infinidad de embarcaciones deportivas de todo tipo.

Era una vista magnífica, pero lo que me interesaba era la independencia que aquel lugar me proporcionaba para un caso de apuro.

Abrí el reducido portaequipajes del «Lamborghini» con una llave especial y saqué la maleta y la pequeña máquina de escribir, todo lo cual dejé en el apartamento antes de regresar al hotel a pasar la noche.

Había cambiado el turno de los recepcionistas y el que había tras el mostrador cuando llegué me miró con evidente curiosidad. El otro debía haberle hablado de mí.

Deslicé un billete sobre el mostrador, sólo para ensanchar un

poco más su sonrisa profesional.

—Me gustaría dar un vistazo a la habitación que ocupó Shaun Rowe, antes de su desaparición —dije—. Creo que no habrá ningún inconveniente, si no está ocupada.

—En absoluto, señor, aunque no encontrará nada de interés. La revisó la policía, y cuando ellos nos autorizaron la limpiamos como de costumbre y sacamos el equipaje, que está guardado en el almacén.

—¿Qué les pareció a los polizontes la desaparición de Rowe? Se encogió de hombros.

—Bueno, dijeron que seguramente era uno de esos sinvergüenzas que acostumbran a estafar a los hoteles, fuera de temporada.

—Una apreciación brillante que habla muy alto de la inteligente policía de Flower Bay —dije admirativamente—. Un fulano que se larga sin pagar el hospedaje de dos días..., dejando tras sí una máquina de escribir y dos trajes como prenda. Imagino que la máquina solamente valdrá como un mes de hospedaje en este hotel, ¿no es cierto?

—Poco más o menos...

—Alguien debería felicitar a su policía, amigo. Y ahora, ¿damos un vistazo a esa habitación?

—No hay nada en ella, de modo que no es preciso que le acompañe.

Me entregó una llave, cuya contraseña llevaba el número ciento dos. Subí en el ascensor automático, pensando en la policía de Flower Bay y otras cosas, ninguna agradable.

La habitación era más reducida que la mía. No tardé mucho en pasarla por el tamiz sin hallar nada. Aunque, conociendo a Rowe, era factible imaginar que hubiera dejado algún mensaje bien oculto, por si las moscas. Sólo que no había nada.

Estuve allí un buen rato y luego regresé al vestíbulo.

—Ahora quisiera ver el equipaje —pedí.

Asintió y ordenó a un botones que me acompañara.

El sótano estaba lleno de mercancías, con las paredes cubiertas por estantes abarrotados de botellas de todas clases.

En un rincón había varias maletas, de entre las que el botones sacó una. Contenía dos trajes de buen paño y excelente corte,

algunas prendas interiores, calcetines y unos guantes. Debajo de la ropa había un fajo de cuartillas en blanco.

El botones dijo:

—La máquina de escribir es ésta, señor.

Era una «Smith-Corona» portátil, no demasiado nueva. Apenas le presté atención porque había otra cosa que me intrigaba.

¿Para qué infiernos querría nadie unos guantes de piel en una estación veraniega?

Los examiné con cuidado. Eran gruesos, forrados de lana por dentro. Auténticos guantes de nieve, propios de un país frío, pero no de Flower Bay.

El derecho estaba chamuscado a lo largo del dedo índice, y el izquierdo tenía un agujero, también chamuscado, en la unión del pulgar con el resto del guante.

El botones volvía a estar junto a la estantería, guardando la máquina de escribir. Me embolsé los guantes y cerré la maleta.

—Ya puede guardar la maleta también —dije—. No hay nada de interés aquí.

Subí a mi habitación. Aquellos guantes me intrigaban. Los guardé bajo el colchón y volví a la calle dispuesto a conocer un poco de la vida nocturna del lugar.

Había profusión de *cabarets* que permanecían abiertos a pesar de estar fuera de temporada. No me costó mucho advertir que había mucho más que simples salas de baile más o menos eróticas detrás de las rutilantes fachadas.

La mayoría estaban establecidos en las afueras, y algunos disponían de discretas y cómodas cabañas a poca distancia, donde cualquiera podía acabar la noche bellamente acompañado..., mediante un precio astronómico, por supuesto.

Olí a marihuana en todas partes, adiviné salas de juego y matones bien entrenados, busconas de precio alto adornadas con joyas auténticas y sonrisas más duras que sus diamantes...

No vi un solo policía por ninguna parte. Todo bien organizado, naturalmente.

Estuve preguntando por Shaun Rowe aquí y allá sin resultado. Al parecer, durante su corta estancia en la ciudad no había frecuentado ninguno de aquellos pudrideros, y si lo había hecho no consiguió ligar ninguna amistad, ni siquiera circunstancial.

Sólo una muchacha, de las que vendían cigarrillos y flores en el Crazy Drink, pareció un tanto preocupada después de mi pregunta, pero tampoco pude sacarle nada.

Era una belleza alta y estatuaria, casi desnuda, cuyas largas piernas evolucionaban entre las mesas como en un *ballet* sensual e inquietante. Me vendió un paquete de cigarrillos por el precio de un cartón, me regaló su espléndida sonrisa y me dijo que no era bueno estar tan solo. Pero, cuando le hube preguntado por mi amigo, dejó de sonreír y ya no le importó si estaba solo o acompañado.

Se largó, simplemente.

Así que, cuando el reloj señalaba la una de la madrugada, regresé al hotel casi seguro de que por los medios normales no obtendría resultado alguno.

Aunque imaginé que, después de esa noche, la iniciativa debería correr a cargo de la oposición.

No supe cuánta razón tenía hasta que llegué al hotel, porque ellos, la «oposición», estaban esperándome en mi *suite*, instalados allí como en su propia casa.

CAPÍTULO III

El infierno estaba tan negro como la tinta, pero una legión de condenados trabajaban a destajo dentro de mi cráneo, vaciándolo con escoplos mal afilados y el resultado era endiabladamente doloroso.

Estaba tirado entre unas dunas, según averigüé cuando empecé a flotar en la esfera de dolor que por lo visto había tomado posesión de mi cuerpo.

Oí el suave rumor del mar y el olor salobre de la brisa, pero maldito si eso me importó.

Intenté levantarme y no lo conseguí.

Tanteé las distintas partes de mi cuerpo, asegurándome de que estaban donde debían.

Mi mandíbula parecía floja y el sabor de la sangre en la boca me producía náuseas.

Tampoco las costillas parecían encontrarse en muy buenas condiciones. Había que reconocer que los cuatro bastardos habían hecho un buen trabajo.

Estaba empapado de sangre y mis ropas eran unos simples zorros. Abrir los ojos fue una experiencia que no le deseo a nadie en condiciones normales. Sentía mi rostro tirante y dolorido, y calculé que mi aspecto sería lo bastante malo como para asustar a un sepulturero.

Me levanté al cabo de unos intentos. Comprobé que me encontraba en un lugar desierto de la playa, a poca distancia del mar y de la blanca espuma de las olas que morían, una tras otra, tan cerca que me pregunté por qué no me habían sumergido en ellas. Eso les hubiera ahorrado futuros disgustos.

Aunque, cuando recordé mejor a los cuatro fulanos y sus corteses advertencias, comprendí que ellos estaban seguros de haberse librado de mí de modo permanente... y sin el riesgo de un

escándalo que atraería demasiado la atención sobre su podrida ciudad.

Eché a andar tambaleándome, resbalando en la arena y cayendo aquí y allá como un beodo. Al fin conseguí llegar a la carretera, pero no vi un coche por ninguna parte.

Eso era una equivocación por parte de los cuatro matones, porque ellos me habían ordenado tomar la dirección opuesta a Flower Bay y largarme al infierno. Olvidaron que un tipo en mi estado y sin coche no podía ir muy lejos.

De modo que tomé la dirección de Flower Bay, trastabillando al borde de la carretera y llamándome estúpido en todos los tonos.

Me habían sorprendido, eso era todo.

Al verlos en mi habitación, pensé que su idea era llevarme a alguna parte donde interrogarme, o tratar de averiguar qué andaba yo buscando. Así que me mostré tranquilo.

Uno de ellos me sacudió tal porrazo que salí de este mundo como si nunca hubiera estado en él. Cuando desperté, en las dunas, ellos estaban sacudiéndome a placer, después de haberme amarrado manos y pies.

Cuando se cansaron, me quitaron las amarras y se fueron tras advertirme una vez más la dirección que debía tomar para seguir disfrutando de buena salud.

No sé cuánto tiempo anduve apenas consciente antes de ver una luz, a corta distancia del borde de la carretera. En todo ese tiempo no pasó un coche en ninguna dirección.

Me desvié hasta encontrar el sendero que conducía a la luz. A medida que me acerqué a ella, vi que correspondía a una ventana de un hermoso *bungalow* de medianas proporciones, rodeado de césped y con una piscina de grandes dimensiones en un lado.

Me apoyé en la puerta, sintiendo que mis piernas estaban llegando al final de su resistencia. Llamé y esperé.

Todo giraba en torno mío, incluso la pared y la puerta. Una bruma rojiza envolvía el mundo en medio de un silencio impresionante, un silencio espeso y negro...

Se abrió la puerta y yo caí hacia adelante como un tronco abatido por el hacha de un leñador.

El decorado había cambiado. Y la temperatura, y la luz. Nunca

había visto aquel techo, ni aquellas paredes.

Estaba tendido en un diván, cubierto por una manta, y unos minutos después de descubrir este nuevo mundo advertí también que debajo de la manta estaba desnudo, con mi cuerpo vendado y adornado con emplastos adhesivos que tiraban de modo desagradable de mi dolorida piel.

No cabía duda que aquello era obra de un profesional.

Giré la cabeza y no vi a nadie. Era una estancia grande y confortable, con muebles del último grito, y alegres colores en las paredes. Un paraíso en el que flotaba un suave y turbador aroma, recordándome esos caros perfumes franceses que cuestan cincuenta dólares la onza y que sólo se atreven a llevar muy contadas mujeres.

Traté de levantarme. Eso era más complicado de lo que imaginaba, pero tras unos esfuerzos logré quedar apoyado sobre un codo.

Entonces sonó un áspero gruñido, algo semejante al nacimiento de un trueno, y luego un seco chasquido, como el de un cepo al cerrarse.

Volví la cabeza y casi me caí fuera del diván.

Un gigantesco perro lobo se había levantado y me contemplaba con sus ojos salvajes por encima del respaldo. Sus fauces estaban abiertas y el ronco gruñido se alzaba otra vez, amenazador como una metralleta.

—Está bien, compañero, tranquilo...

Volví a dejarme caer sobre el diván. Perezosamente, el gigantesco perro dio la vuelta, acercando su hocico a mi cara.

Unos colmillos largos como puñales lanzaron destellos. Aquella bestia podía despedazar a un hombre con la misma facilidad con que un niño se zampa una chocolatina.

Estuve muy quieto, esperando que se cansara de examinarme y se fuera al infierno. Entonces, una voz como un tañido de campanillas exclamó en alguna parte:

—¡Ya basta, «Foch», no molestes a nuestro huésped!

Miré hacia la voz y lo que vi me compensó del infierno que había vivido hasta entonces. Valía la pena recibir unos cuantos trastazos si con ello uno alcanzaba aquella meta.

Era una dama alta, de espléndidas proporciones anatómicas. Cada curva de su cuerpo estaba donde debía estar, y en proporción

suficiente para no dejar lugar a dudas respecto a su vitalidad femenina. Tenía largas piernas, hermosas y finas, y caderas firmes que armonizaban con la delicada cintura y los agresivos senos, que se adivinaban sin dificultad por debajo de la especie de mosquitera que llevaba puesta.

Sus grandes ojos tenían tonos irisados de oro, y los labios, además de cierto humor, estaban hechos para besar y ser besados, aunque imaginé que eso ya lo sabía ella por experiencia.

Me contempló sin inhibiciones. Sonrió.

—«Foch» es un perro muy impulsivo, señor Latimer —dijo con su voz como una música.

—Latimer... ¿Cómo sabe mi nombre?

—El doctor se ha tomado la libertad de dar un vistazo a sus documentos. Estaba muy preocupado por la clase de lesiones que presentaba usted.

—El doctor, ¿eh? Supongo que no se le habrá ocurrido avisar a la policía... Esbozó un mohín delicioso.

—El estaba decidido a hacerlo, pero pude disuadirle... Tengo cierta influencia, usted sabe.

—Lo celebro mucho. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Calculo que un par de horas. ¿Se encuentra usted bien ahora?

—Por lo menos, no me encuentro peor. Ella asintió, como si eso la aliviara.

—Según el doctor, le golpearon metódicamente, señor Latimer. Una paliza de muerte, según sus palabras...

—Dejando aparte lo de metódicamente, todo lo demás es cierta. Aquellos monos no tenían nada de metódicos.

Estuvo contemplándome unos instantes pensativa. Luego, murmuró:

—Quizá quiera usted contarme sus apuros, si eso ha de aliviarle.

—Me aliviaría mucho más un buen *whisky*, si lo tuviera usted a mano, preciosidad.

—¿Por qué no? Aunque le confieso que estoy muerta de curiosidad.

Pensé que era peor estar muerto por una paliza, pero lo dejé correr ante su premura en prepararme una dosis de *whisky*, suficiente para reanimar a un verdadero caballo.

Lo saboreé a placer. Realmente, me sentía revivir de nuevo.

—Ahora puedo contarle una buena historia —dije—. Pero con ello no creo que ni usted ni yo ganemos nada.

—Adelante, usted me desveló esta noche.

—Bueno, antes que lo olvide, ¿dónde están mis ropas? Se echó a reír.

—Lo que llevaba usted encima no servía siquiera para cubrir un cubo de basura. Las tiré.

—No es que eso me preocupe, pero imagino que no podré salir de aquí vestido solo con los vendajes.

La idea pareció divertirla, pero, señalando una silla, dijo:

—El propio doctor Merrill se encargó de traerle un traje y algunas otras cosas, cuando vio cómo estaba su equipo.

—No cabe duda que tiene usted influencia sobre ese médico...

—Bien, él está seguro que acabará casándose conmigo, eso es todo.

—Oh, ya veo. ¿Y ha permitido que se quedase usted a solas con un tipo como yo, desconocido y oliendo a desinfectante?

—¿Sola? Usted olvida a «Foch».

Al oírse nombrar, el enorme perrazo soltó un ladrido que hizo temblar las lámparas. Ella añadió:

—Si se lo ordenase, «Foch» sería capaz de matar a un hombre por defenderme.

—Capto la advertencia sin necesidad de más aclaraciones, primor. Ahora, dígame cómo he de llamarla y luego le contaré mi historia.

—Nancy es suficiente, aunque si tiene usted particular interés en saber el resto, mi apellido es Anders.

—Está bien, Nancy. La cosa empezó cuando un compañero mío desapareció en este podrido pueblo. Se llamaba Shaun Rowe y era reportero...

—Oí hablar de eso. Creo que la policía hizo algunas averiguaciones.

—Lo que aquí llaman policía y la realidad son simples coincidencias.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Olvídelo. Llegué, pregunté y me cazaron. La historia se reduce a eso.

—¿Preguntó qué?

—Respecto a Shaun Rowe.

—¿Quiénes le cazaron? Conozco mucha gente en la ciudad.

—Olvidé pedir que nos presentaran —dije de mal talante—. Y si usted conoce la clase de gente con los que tropecé, entonces creo que no es éste el lugar más seguro para mí.

—Tonterías. Sé quién es usted, señor Latimer. Aparte de los documentos que el doctor Merrill examinó, yo he leído muchas de sus crónicas enviadas desde todo el mundo. Usted es un corresponsal de los más famosos del país.

—Gracias —dije modestamente.

Se rió y no supe si se burlaba de mí o era simplemente que estaba contenta.

—Usted es importante..., muy importante. Tanto, que no creo que le mandaran a Flower Bay solamente para escribir sobre la desaparición de un periodista de poca monta.

—Shaun Rowe se molestaría mucho si oyera que usted le menosprecia de este modo.

—Ya sabe lo que quiero decir.

—Está pasándose de lista. Vine para encontrarlo, o para averiguar lo que le había sucedido. Eso me ordenaron y no hay más misterio. Y ahora, si no le molesta, quisiera vestirme.

—Goldie dijo que debería usted descansar por lo menos veinticuatro horas, señor Latimer.

—¿Goldie?

—Oh, bueno, ése es el apelativo que damos al doctor Merrill familiarmente.

—Ya veo. Bueno, no puedo quedarme aquí veinticuatro horas. Tengo muchas cosas que hacer.

Hizo un mohín de disgusto, pero acercó la silla con todo mi equipo y me advirtió:

—Cuando termine, llámeme...

—¿Tendría inconveniente en llevarse el perro? Cada vez que me nuevo afila los colmillos. No quisiera perder una pierna, o un brazo, cuando me levante.

Se echó a reír de nuevo. Dio una voz cariñosa al animal y éste trotó alegremente tras su ama y ambos desaparecieron de mi vista.

Me vestí, gruñendo y maldiciendo porque cada movimiento era una cuchillada de dolor. Sobre la silla estaban también mis

pertenencias; los documentos, el tabaco y el dinero. Los malditos bastardos no me habían quitado ni un centavo.

Eso era un favor que no pensaba agradecerles.

Como si hubiera estado espiondo, ella reapareció cuando estaba abrochándome la camisa. El perrazo se frotaba contra sus piernas y casi le envidié.

—¿Vive usted sola aquí? —pregunté, poniéndome la americana.

El traje parecía hecho a mi medida, y mi estatura y corpulencia no son muy normales que digamos.

—Vuelvo a recordarle a «Foch», señor Latimer... Pero sí, vivo aquí sola, con mi perro, la mayor parte del año. Aunque mi padre tiene una gran casa en la ciudad, pero yo prefiero la independencia. Durante el día vienen dos, sirvientas, pero se marchan al anochecer si no doy ninguna fiesta.

—Ya veo. Oiga, ¿a qué distancia estamos del poblacho?

—A unas tres millas. Aunque, si se empeña en llamar poblacho y cosas así a Flower Bay, se encontrará con muchas dificultades.

—Las encontré de todas maneras.

Encendí un cigarrillo. Ella, anticipándose, dijo:

—Le llevaré en mi coche, por supuesto, si está decidido a abandonarme tan pronto.

—Mire, su compañía es una delicia para mí. Pero he de trabajar, y por otra parte no quiero ponerla en dificultades con ese doctor. Podría creerse en el deber de velar por su virtud y ya tengo suficientes quebraderos de cabeza.

—Eso no debe preocuparle... ¿Adónde piensa dirigirse? La contemplé especulativamente.

—Al hotel Tropic. Tengo una *suite* allí.

—Muy bien.

—Sin embargo, no quiero que me lleve hasta el hotel. Si lo vigilan, para asegurarse de que me he largado del pueblo definitivamente, usted podría verse envuelta en un lío por mi culpa.

—Así que le ordenaron que se fuera, ¿eh?

—Seguro.

—Sólo que usted no piensa obedecer.

—Odio que alguien me diga qué he de hacer, cómo hacerlo y cuándo. Además, esos cuatro gorilas están pidiendo a gritos que les haga una visita...

—Allá usted, señor Latimer. ¿Nos vamos?

—Oiga, ahora que se me ocurre, mi nombre es Richard. Olvide los formulismos, ¿quiere?

—Perfecto.

Salimos. El perro nos siguió sin necesidad de indicación alguna.

El garaje estaba en la parte trasera del *bungalow*, y en él brillaba un «Lincoln» último modelo, que debía haber costado un buen puñado de billetes.

—¡Eh! —dije—. ¿Qué tiene su papaíto, pozos de petróleo o algo así?

—Algo así. Además, es senador por el estado, ¿sabe usted?

—No me diga...

Salimos zumbando carretera adelante. El perrazo, en el asiento posterior, se mantenía sentado y tranquilo, inclinándose de vez en cuando para rozarme la nuca con su húmedo hocico. Cada vez que eso sucedía, yo me estremecía al imaginar los agudos colmillos que acompañaban aquel hocico.

Unos minutos después me asaltó una idea y dije:

—Así que su padre es senador, ¿eh?

—Sí.

—Tal vez me conviniera hablar con él si usted pudiese arreglarme un encuentro.

—¿Para qué? Si todo lo que usted quiere es encontrar a su compañero, no creo que papá pueda ayudarle en nada.

—Hay otros asuntos que me gustaría discutir con él. Me miró, dudando. Sonrió al fin.

—Veré qué puedo hacer —accedió—. Llámeme mañana, cuando haya recobrado un poco más de su aspecto humano.

—No me miré al espejo, pero no creo estar tan mal... Realmente, me encuentro en plena forma, si olvido un poco el dolor.

—Llámeme —repitió—. Me gustará volver a verle.

—¿Siempre les habla así a los hombres?

—No siempre —rió—. En realidad, suelo mostrarme más bien arisca, pero usted es un caso especial. En cierta forma, me siento responsable de usted.

—Eso me conmueve.

—Estoy segura.

Detuvo el coche en una plazoleta desierta y mal alumbrada. Volviéndose hacia mí dijo:

—Siga usted esa calle de la derecha y al final de ella verá el hotel Tropic, señor Latimer...

—Richard.

—Lo olvidé. Buenas noches, Richard.

—Me pregunto qué haría su perro si tratara de besarla como despedida.

—Pruébelo, si es usted un tipo arriesgado. La atraje hacia mí y lo probé.

El perrazo runruneó allá atrás, pero ya no lo oí.

Tener su boca en la mía fue una experiencia única que me elevó a alturas infinitas de ansiedad, pasión y deseo.

Cuando se apartó, jadeaba suavemente. Sus ojos parecían chispas de luz.

—Ahora, buenas noches, Dick —murmuró.

El perro continuaba rezongando sin tino, pero no le hice caso.

—Te llamaré —prometí—. Ahora se me ocurren otros muchos temas de los que hablar contigo.

Abrió la portezuela de mi lado y susurró:

—¿Sólo hablar?

Me encontré en la acera casi sin advertirlo y vi las rojas luces del coche alejarse y perderse de vista.

Eché a andar hacia el hotel, pero, en lugar de dirigirme a la entrada, realicé un corto recorrido de reconocimiento buscando presencias sospechosas.

No vi ninguna, pero sí descubrí mí «Lamborgini», estacionado donde lo dejara. No obstante, se había despertado mi desconfianza y empleé más de quince minutos en reconocerlo minuciosamente, en busca de un petardo.

No habían colocado ningún explosivo en él, de modo que lo puse en marcha y me largué de allí reflexionando en muchos temas contradictorios, sobre todos los cuales Nancy Anders se llevaba la primacía con mucha ventaja.

Estacioné cerca del edificio donde tenía alquilado el apartamento. Allí no sería tan fácil que me localizasen, a no ser que cualquiera de aquellos monos descubriera el coche. Había que hacer algo al respecto, pero lo dejé para el día siguiente.

Subí, me desnudé y tan pronto estuve en la cama me quedé dormido.

Tuve pesadillas el resto de la noche, y no desperté hasta que el sol dio en mi cara, y para entonces ya sabía qué debía hacer.

CAPÍTULO IV

La llamé por la tarde, después de un día muy atareado.

Su voz, suave y arrulladora, exclamó a través del auricular:

—Pensé que se había olvidado de la buena samaritana, Richard.

—Anoche terminamos tuteándonos y me llamaste por mi nombre.

—Lo recuerdo.

—He tenido un día muy ajetreado —dije—. ¿Qué has conseguido de tu senador?

—Ven a cenar conmigo. Luego, pasaremos la velada con él, si sigues interesado en hablarle.

—Ahora más que nunca.

—Entonces, ¿a las ocho?

—Estaré ahí.

—Muy bien. Hasta entonces, ten cuidado para que no vuelvan a estropearlo.

—A partir de ahora, alguien más deberá tener cuidado.

Colgué, salí de la cabina y tomando el coche me encaminé al hotel Tropic. El recepcionista enarcó las cejas al verme.

—Caramba, señor Latimer... ¿Dónde estuvo usted? Empezábamos a pensar que había desaparecido también.

—Usted estaba de servicio anoche, ¿no es cierto?

—Así es. Acabo de relevar a mi compañero hace unos minutos y ya...

—Está bien —le interrumpí—. ¿Vio a los tipos que subieron a mi habitación?

—¿Qué tipos?

—Había cuatro matones arriba. Estaban esperándome cuando llegué. Me tumbaron y debieron sacarme por la puerta de servicio. ¿Sabe usted algo de eso?

O era un actor consumado o no sabía una palabra del asunto.

—No comprendo —balbuceó—. ¿Quiere decir que le secuestraron anoche?

—Eso es exactamente lo que ocurrió. Lo que me gustaría mucho saber es cómo supieron dónde estaba alojado.

—Quizá le siguieron... No sé, señor.

—Está bien, deme la llave.

Subí a la habitación. Ni siquiera se habían tomado la molestia de registrarla. Encontré los guantes bajo el colchón y suspiré, satisfecho.

Hice un paquete con ellos, escribí la dirección y me largué al rutilante edificio de Correos, donde mandé el envío a cierto caballero que tendría mucho que decir sobre ellos cuando los examinara.

Tras esto, inicié un largo recorrido por todos los bares, tabernas y tugurios que encontré a mi paso. En muchos de ellos ni siquiera entré, sólo contemplé el interior a través de las cristaleras. Únicamente en los que eso no era posible, entraba y buscaba.

Y al fin encontré.

El individuo estaba acodado al final de un largo mostrador, con la cabeza vuelta hacia el aparato de televisión, en el cual se desarrollaba un reportaje sobre el último combate de Cassius Clay.

Era el único parroquiano de la barra. En las mesas había cuatro o cinco más, todos interesados en las imágenes del televisor.

El tipo ni siquiera me vio. Era el que me había atizado el primer golpe en mi habitación del hotel.

Tomó un largo vaso de *whisky*, lo removió un poco haciendo sonar los cubitos de hielo y luego se lo llevó a los labios.

Le golpeé justo en aquel momento. Le golpeé con el puño cerrado en la mano y el vaso y éste se le incrustó en la cara, provocando un estallido de cristales, *whisky* y sangre todo a la vez.

Empezó a aullar, volviéndose. Le sacudí duro en el estómago y se dobló como una navaja, poniéndose a tiro para mi rodilla. Le lancé hacia arriba y, cuando se la estrellé en lo que quedaba de su cara, el hombre voló hasta encontrar una pared, contra la que pegó de cabeza.

Allí se quedó, muy quieto, sangrando y respirando como un fuelle.

Los demás se habían levantado. Alguno de ellos parecía

dispuesto a intervenir en la gresca.

—Tranquilos —dije—, esto es un asunto personal entre él y yo.

El mozo tenía una botella en la mano y no parecía saber qué hacer con ella.

Inclinándome, hurgué en el sobaco del caído y encontré la pistola. La saqué y eso decidió al mozo a devolver la botella en el estante.

—Eso está mejor.

Guardé la pistola, agarré al tipo por los cabellos y lo arrastré hacia la puerta. Empezó a rebullir antes de llegar, así que le solté los cabellos y su cara pegó contra las baldosas. Se quejó amargamente, pero, tras un puntapié bien aplicado, calló de nuevo y pude sacarle sin más alboroto.

Algunos paseantes nos miraron con alarmada curiosidad. Le arrojé dentro del coche y me largué de allí a creciente velocidad, hasta salir a las afueras de la población. Empezaban a caer las sombras del atardecer y debía darme prisa si no quería retrasarme en mi cita con Nancy.

Busqué un desvío y metí el coche en él. Había una espesa arboleda, a ambos lados del camino. Paré el motor y arrojé al pistolero por encima de la portezuela.

Empezó a gemir cuando le arrastré hacia los árboles. Le despojé de la corbata y el cinturón y luego le vacié los bolsillos, guardándome todo lo que encontré en ellos.

Su cara era una máscara sangrante que había perdido su forma inicial. Pensé en la fotografía que había visto de Ferguson y decidí que todavía me había quedado corto.

—¿Estás listo para escuchar, o he de sacudirte un poco más? —dije. Abrió un ojo. El otro era probable que no volviera a abrirlo en su vida.

—¡Ajá! —exclamé—. Estás mejor de lo que imaginé. Quiero los nombres de tus tres camaradas de anoche. —Y rápido, porque no tengo mucho tiempo para perderlo con una rata como tú.

Escupió sangre y algún que otro pedazo de diente. Le sacudí un puntapié en las costillas y empezó a gritar, aunque su voz era apenas un gruñido roto por los destrozos.

—Los nombres, compañero.

—Le matarán por esto...

—Quizá, pero tú ya no lo verás.

—Rolfieri... —empezó.

—Más.

—Sardón... y Penwick. Ellos le harán pedazos... Le dijimos que se fuera de la ciudad...

—Lo olvidé. Ahora el mandamás.

Hizo una mueca que le arrancó un quejido.

—Vaya a molestarlo... —balbuceó—. Vaya a molestarlo y verá...

—¿Quién?

—Flager...

—Muy bien. Ahora veamos qué sabes de Shaun Rowe.

—Nada...

Le golpeé con el pie. Trató de apartarse, pero no lo consiguió.

—Oí ese nombre..., pero no intervine... No sé qué pasó con Rowe.

—¿Le mataron?

—No sé...

—¿Y Ferguson?

—Tampoco. ¿Quién es ése?

—No me ayudas mucho, camarada.

—No puedo... decir lo que no sé...

—Me gustaría tener un espejo para que te vieras la cara. Diles a tus compinches que lo mismo les sucederá a ellos antes que los mate uno a uno. Yo no soy Rowe, compañero. Aprendí en una escuela muy dura para que me inquieten un puñado de matones de cinco centavos la docena.

—No escapará... haga lo que haga.

—Veremos.

Le amarré los pies con la corbata. El tipo aún intentó sacudirme una patada, pero le convencí de que aquello no le convenía. Empezó a quejarse de nuevo.

Busqué una rama baja y le arrastré hasta ella. Quedaba justo a la altura que me convenía. Pasé el cinturón por entre sus dos pies sujetos, le levanté en vilo y le dejé colgado cabeza abajo de la rama. La sangre goteaba de su cara a la hierba.

Comenzó a insultarme entonces. Le dejé allí y fui al coche a buscar un pedazo de cuerda, con la que le até las manos firmemente.

—Ahí te quedarás durante un tiempo, porque no creo que nadie te encuentre por ahora. Aunque puedes aliviar tu situación si me dices dónde puedo avisar a tus compinches para que vengan a rescatarte. ¿Sí?

—No se atreverá a ir allí.

—Prueba a ver. De lo contrario te quedas colgado como un cerdo hasta el día del juicio. Titubeó. Gemía sin cesar y aquella postura debía dolerle como un demonio.

—Está bien... Suelen estar en el Trocadero durante la noche..., a menos que tengamos algún trabajo.

—¿Qué teléfono?

Me lo dio también y le dejé allí. Como advertencia para que supieran con la clase de enemigo que se enfrentaban ya era suficiente.

Regresé a la carretera y me detuve en una cabina telefónica. Llamé al número que me había dado y pregunté por los tres tipos.

Una voz gruñona preguntó:

—Bueno, pero ¿con cuál de ellos quiere hablar?

—Lo mismo da... Sardón, por ejemplo.

—Espere.

Consulté los documentos del pistolero y vi que se llamaba Bruno Vould. Cuando una nueva voz substituyó a la primera, dije:

—Tengo noticias de Bruno, camarada Sardón.

—¿Qué? —bufó—. ¿Quién es usted?

—Latimer.

—¡Condenación! Le advertimos, desgraciado. La próxima vez...

—La próxima vez que tropieces conmigo, empieza a encargarte la mortaja. Bruno podrá decirte que no bromeo. Lo encontrarás colgado en un bosquecillo que hay a la derecha de la carretera, al sur de este poblacho.

—¿Qué ha dicho? ¿Colgado?

—Ajá. El bosquecillo está como a cinco millas al sur. Diles a tus compinches que la próxima sesión será para ellos.

Colgué y regresé al coche, le di la vuelta y emprendí el camino a toda marcha.

Calculé que cuando encontrasen a Bruno empezarían a preocuparse de veras. Ellos y el misterioso Flager, y quienes estuviesen detrás de éste.

La corrupción de que me había hablado Innes debía estar lo suficientemente extendida para requerir una compleja organización, aparte de que yo seguía preocupado por lo que parecía haber detrás de ese absurdo encargo.

No era posible que Innes se tomara tanto interés por la corruptela política y de toda índole de una ciudad de medio millón de habitantes, cosa que, después de todo, no era nada extraordinario en nuestro sucio sistema político.

Debía haber más, mucho más, aunque maldito si podía imaginar qué.

Y luego, estaba el amigo Herbert Ford, el silencioso oyente de nuestra charla. ¿Quién demonios sería aquel tipo?

Lo dejé correr por el momento.

Eran las ocho menos dos minutos cuando llamé a la puerta de Nancy Anders.

CAPÍTULO V

El senador era todo lo que podía esperarse de un político, juzgando físicamente. Alto, elegante, cabello espeso y con ramalazos grises en las sienes, mirada aparentemente franca y ademanes resueltos.

Únase a todo esto un traje de excelente corte y calidad, una camisa de seda y unas manos como las de un pianista y se tendrá una idea aproximada de su espectacular presencia.

Primero me recibió con cierta rigidez, a pesar de los buenos oficios de su hermosa hija. Luego, tras el primer café y mientras el humo de los aromáticos cigarros se adueñaba de la atmósfera, se suavizó un poco.

—Nancy dijo que usted deseaba hablar conmigo sobre la desaparición de una persona, señor Latimer —me espetó sin rodeos—. Si es así, permítame decirle que no comprendo cuál es su propósito. Si ese hombre desapareció de esta ciudad, la policía debe estar trabajando en el caso.

—Yo no diría que estuvieran trabajando con mucho entusiasmo.

—¿Trata de insinuar que nuestra policía no es competente?

Había algo raro en aquel hombre, detrás de su seguridad. Algo que no alcanzaba a comprender todavía.

—No puedo juzgar la competencia de los polizontes —dije—. Lo que sí puedo afirmar es que no pusieron excesivo interés en la investigación. Un tipo suspicaz podría pensar que no les interesa mover el asunto... o que hay intereses a los que no quieren inquietar.

Se echó atrás en la butaca. Nancy, sentada en otra, nos miraba sin intervenir.

—Ésa es una insinuación muy grave si la formula usted públicamente, señor Latimer. No ignoro su personalidad. He realizado una pequeña investigación después que mi hija se interesó

porque le recibiera. Acostumbro a hacerlo cuando se trata de desconocidos. Pues bien, sé su gran sagacidad como corresponsal de Prensa, pero eso no le autoriza a difamar a nuestras autoridades.

Suspiré. La cosa iba a ser más desagradable de lo que había imaginado. Por eso dije:

—Quizá sería preferible que esperases en otra habitación, Nancy...

—¿Qué? Después que te he traído aquí, después de obsequiarte con la mejor cena de tu vida, según tu propia confesión, ¿ahora quieres dejarme al margen? Ni lo sueñes, Richard Latimer.

—Okey, como tú quieras.

El senador nos miró con el ceño fruncido. De nuevo sorprendí aquella extraña expresión en sus ojos y de pronto comprendí.

Aquello era miedo.

O mucho me equivocaba, o el gran hombre tenía miedo.

—Dígame —murmuró—. ¿Qué es realmente lo que usted vino a buscar en Flower Bay?

Aparte de intentar localizar a su colega desaparecido, por supuesto.

—Se me encargó investigar la corrupción de toda índole que impera en este poblacho. Se me dijo que en poco tiempo habían alcanzado las más altas cotas del vicio, la explotación y el crimen organizado... Si es cierto, lo descubriré y lo pondré en letras de molde en doscientos siete periódicos del país que publican mis crónicas simultáneamente. Y si le ha sucedido algo irreparable a Shaun Rowe, encontraré a los asesinos y les arrancaré la cabeza con una sierra sin filo. Eso es, poco más o menos, lo que me propongo.

Se echó contra el respaldo del confortable butacón en que estaba sentado y siguió mirándome de aquel modo inquieto.

Y añadí:

—Todo esto, suponiendo que no haya otra cosa bajo ese fondo de basura y corrupción, senador.

—¿Qué diablos quiere decir?

—No lo sé, es sólo una corazonada. Lo que sí sé es que usted, como senador del estado, no parece preocuparse mucho por lo que sucede a su alrededor, en su propia ciudad.

Nancy dio un respingo y enrojeció. Fue ella la que estalló primero:

—¡No tienes derecho a hablarle así a papá, Richard! Si hubiera sabido que...

—Ya sé, ya sé, no me hubieras traído aquí. Pero ya que llegué, voy a hablar claro.

—¡No te lo consentiré! —dijo, levantándose.

Su padre esbozó un ademán con su mano, cansadamente.

—Calma, gatita —dijo—. Siéntate.

—¡Pero él no puede hablarte así, papá!

—Tiene derecho a hacerlo..., porque le asiste toda la razón del mundo. Los dos nos quedamos sin habla. Ella balbució:

—¿Qué estás diciendo?

—Siéntate. Ahora creo que hubiese sido mejor que nos dejases solos cuando el señor Latimer lo insinuó.

—¡No esperes librarte de mí ahora!

El cerró los ojos. Parecía estar muy cansado, un cansancio que le hubiera asaltado de repente.

Sin abrirlos, comenzó:

—Tiene usted razón en afirmar que Flower Bay es un nido de corrupción de la peor especie. No creo que en muchos otros lugares se haya alcanzado el grado de aquí...

—¡Papá! —exclamó la muchacha.

—Cállate, hija, y déjame seguir. En el fondo, yo estaba convencido que tarde o temprano esto estallarí y se hundiría. Tan pronto supe quién era usted y hablé con mi hija, comprendí que el momento había llegado. Un columnista de su categoría no emprende un asunto como éste sin llegar hasta el fondo del pozo.

—¿Adónde quiere usted llegar con este preámbulo?

—No me interrumpa, Latimer —gruñó—. He adoptado una decisión y voy a decirle a usted lo que le llevaría meses averiguar. ¿Todavía estás segura que deseas seguir aquí, Nancy?

—Estoy a tu lado, papá —murmuró ella—. Pase lo que pase y sea lo que sea lo que vayas a decir.

El asintió, mirándola con inmensa ternura.

—Quisiera encontrar palabras con que agradecértelo, hijita... Pero déjame que lo cuente a mi manera. Yo empecé desde abajo... cuando tú naciste, apenas si tenía un pequeño negocio. Después trabajé duro, para ti y en parte porque en nuestra sociedad el que no triunfa no es nadie, le desprecia hasta el lechero. Peleé a brazo

partido y subí a pulso, por el camino rudo...

—No tienes que decirme lo que yo ya sé, papá...

—Pero Latimer no lo sabe —terció él—. Llegué arriba después de años y años de lucha y sacrificio. Hice una fortuna y llegué a controlar buena parte de nuestra industria local. Pero lo hice dentro de la ley, Latimer, eso puedo jurárselo. Me gané el aprecio de cuántos me conocían, en parte porque yo era uno de ellos.

—Comprendo. Entonces alguien le propuso dedicarse a la política. Es típico de los buitres que manejan nuestras ciudades...

—Déjeme contarle a mi modo, ¿quiere?

—Adelante.

—No sucedió con esta sencillez. Había hombres más ricos y más poderosos que yo, pero su historial era sucio, o por lo menos sospechoso. La gente no confiaba en ellos, y a muchos les odiaban incluso. En aquel tiempo, inesperadamente, se me abrieron la mayoría de puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas para mí. Las puertas de la alta sociedad, que ni con dinero había podido franquear. Particularmente no me importaba mucho, pero mi esposa ansiaba ese mundo... y claudiqué por ella, por darle lo que siempre había soñado. Así empezó todo.

Lo comprendía porque no era un caso muy distinto de otros muchos. Pero él prosiguió:

—Ellos necesitaban un hombre limpio al que el pueblo pudiera elegir, en quien pudiesen confiar sin hacerle preguntas después. En ese punto, me dejé llevar. Fue como un sueño... Influencia, poder, halagos... y, finalmente, senador.

—¿Quiénes, señor Anders? —quise saber.

—Ahora llegamos a eso. Eran un grupo muy unido al principio, antes de que Flower Bay se convirtiera en un descomunal lugar de placer, antes de que fuera descubierto para el turismo. Yo conseguí del senado franquicias, créditos y ventajas para este lugar y se montó un formidable desplumadero de incautos. No lo comprendí hasta que ya era demasiado tarde... y entonces ya no podía volverme atrás, sin arriesgarme a perderlo todo. Cuando uno se ha ensuciado con ellos, ya no puede limpiarse jamás... Hay que seguir y seguir hasta el final. Y, para mí, creo que estamos llegando al final.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ha ocurrido algo extraño. Ya no les interesa mi influencia. Es como si ya no temieran nada, como si su poder fuera tan absoluto que nada les inquietara. O como si estuvieran dispuestos a abandonarlo todo... No lo sé.

—¿Quiénes? —repetí secamente.

—Bien, Jonathan Lewis fue quien inició todo. Luego se le unieron Maurice Nyson y otros... Eberhard, por ejemplo. Pero últimamente, tal como dije, es como si ya no les importase nada de nada. He llegado a sentir miedo ante lo poco que les interesa mi gestión.

—¿Quién es Flager? —pregunté de repente.

—¿Anthony Flager?

—Supongo.

—El brazo derecho de Lewis, su apoderado y hombre de confianza.

—Ya veo...

—¿Por qué? ¿De dónde sacó usted su nombre?

—Flager es el tipo que ordenó darme la paliza para expulsarme de la ciudad. Y está complicado de algún modo en la desaparición de Shaun Rowe.

Asintió en silencio, abatido. Advertí la mirada que Nancy le dirigía, y luego volvió sus ojos hacia mí.

Con voz débil preguntó:

—¿Era necesario esto, Richard?

—No lo sé. La cosa debía estallar por algún lado.

Se levantó y fue a reunirse con su padre. Tomó las manos de él entre las suyas y murmuró:

—¿Qué vas a hacer ahora, papá?

—No lo sé. Renunciar a mi puesto en el Senado ante todo. Después..., creo que lo que suceda no dependerá de mí.

Ella me miró, angustiada.

—¿Dependerá de ti, entonces, Richard?

—Tal vez, no lo sé aún.

—Piénsalo... ¿Es necesario crucificar a mi padre por lo que otros le obligaron a hacer? Fue el propio senador quién se encargó de replicar:

—No confundas las cosas, hija. Ellos me indujeron al principio, pero después yo supe que estaba obrando mal. No obstante, no supe

frenar a tiempo. Las corruptelas políticas, las rivalidades de partido, el poder... No, nenita; yo acepté el riesgo.

Ella se dejó caer en la butaca, junto a su padre.

—No importa —dijo obstinadamente—. Sigo a tu lado pase lo que pase. En cierta forma, la admiré.

Levantándome, crucé la estancia arrancando nubes de humo del cigarro y tratando de decidir qué debía hacer en un caso semejante.

Estaba en mis manos hundir la carrera de aquel hombre definitivamente. Podía hacer algo más que hundirle; podía destruirle para siempre.

Pero lo que me importaba realmente no era aplastar a un hombre que había sido demasiado débil después de haber sido fuerte. Lo verdaderamente importante estaba todavía por descubrir.

¿Qué se escondía detrás de aquella camarilla?

¿Por qué súbitamente ya no sentían ningún interés por la compleja organización criminal que habían montado con años de astucia y esfuerzo?

Y, por encima de todo, quedaba otro misterio todavía: si estaban dispuestos a abandonar aquellos sucios negocios, ¿por qué los defendían con tanta crueldad, hasta el punto de torturar a un periodista y hacer desaparecer a otro?

De pronto, el senador dijo:

—¿Qué más quería usted saber, Latimer?

—Bueno, el paradero de Shaun Rowe, entre otras cosas. Y quiénes fueron los que asesinaron a otro reportero llamado Ferguson. Como usted ve, hay muchas cosas en el tintero todavía.

Asintió.

—Lamento no poder ayudarle en eso. Sin embargo, le aconsejo que no confíe demasiado en la policía. La más completa corrupción llegó también hasta sus filas.

—De eso ya estaba seguro antes de hablar con usted.

—Antes de terminar —murmuró—, déjeme decirle que todo lo que le he revelado ha sido en plan estrictamente privado. Quizá públicamente no tuviese valor suficiente para repetirlo. Pero si usted consigue pruebas de que sus compañeros fueron asesinados por Flager y sus matones, y que obedecieron órdenes de Lewis o de los otros, entonces sí, Latimer; entonces cuente conmigo, a pesar de lo que me cueste mi confesión pública.

—Estaba seguro que diría usted algo semejante, senador. Únicamente por eso haré cuanto pueda por mantenerle al margen.

Nancy se irguió. Estaba muy pálida, pero más adorable que nunca.

—Gracias, Richard —susurró.

—No me las des. Esto no ha hecho más que empezar. Es muy posible que salgan a la luz cosas de las que ni siquiera tu padre sepa una palabra. Innes lo dio a entender cuando me encargó que viniera. Y aquel tipo, Ford, parecía saber mucho y no dijo nada, lo cual también me da mucho que pensar.

—¿Ford? —murmuró el senador—. ¿A quién se refiere?

—Maldito si sé quién es. Herbert Ford creo que se llama... Estuvo presente en la oficina de mi jefe cuando éste me lió en este embrollo.

—Hay un consejero del presidente que se llama Herbert Ford, en Washington —dijo él. Di un salto al oírlo.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. No sé exactamente cuál es su cometido en la Casa Blanca, pero sí puedo asegurarle que es muy allegado del presidente.

—Ahora es cuando no lo entiendo... A menos que la Casa Blanca se haya interesado de repente por la corrupción política en pequeños núcleos de población como Flower Bay, cosa que dudo.

—Si fuera eso, yo lo sabría. El Senado hubiera sido informado.

—Sí, claro...

Tras un silencio, Nancy preguntó otra vez:

—¿Qué vas a hacer ahora, Dick?

—De momento, escribir la primera de mis crónicas. Innes debe estar al corriente de mis progresos.

—Pero, si regresas al hotel, te encontrarán. Es seguro que deben buscarte a estas horas por toda la ciudad.

—No voy a volver al hotel esta noche. Imagino que deben estar muy molestos conmigo después de ver lo que hice con su camarada. Les dejaré que pierdan su tiempo esperándome allí.

—Entonces, ¿desde dónde piensas actuar?

—Bueno, tengo otro pequeño refugio.

El senador se levantó y nos miró con sus ojos que reflejaban ahora mucha más tranquilidad que cuando había llegado, cosa que

no dejó de chocarme.

—Creo que podría quedarse aquí por unos días. Yo debo marcharme esta misma noche para una reunión política en la capital del estado, convocada para primera hora de mañana. Aquí por lo menos es seguro que no le buscarán.

—Desde luego, es una buena idea —convine. Nancy se levantó de un brinco.

—¡Es la mejor solución, Richard! —exclamó—. Entretanto, tendré tiempo de abogar por la causa de mi padre.

El sonrió sin alegría. Pareció a punto de decir algo más, pero lo pensó mejor y, estrechándose la mano, sólo murmuró:

—Haga lo que haga, Latimer, no se detenga por consideraciones personales. Creí que me había endurecido lo suficiente en estos años, pero me equivoqué...

Besó a su hija y abandonó la estancia con la cabeza abatida sobre el pecho.

Desde el rincón donde había estado tumbado, el perrazo levantó un momento la mirada y le contempló con sus ojos húmedos y tristes. Tendido allí, no parecía tan fiero.

Nancy susurró:

—Le he visto envejecer en unos minutos... ¿Por qué habrá tenido que suceder todo esto, Richard?

—No me lo preguntes a mí. Soy forastero en este poblacho, ¿lo has olvidado? Trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—¿Sabes una cosa? —dijo de pronto—. Flower Bay es un auténtico poblacho. No me importaría cambiar de lugar de residencia.

—Me pregunto si le importaría a tu padre.

—¿Qué quieres dar a entender con eso?

—Nada. Nada en absoluto, pequeña. Voy a usar el teléfono para una llamada a larga distancia. Es hora de que tu padre empiece a contribuir a la campaña de saneamiento, aunque sólo sea con facturas de teléfono.

Comuniqué con Innes en su despacho. Estaba de un humor de perros, como de costumbre. Tras los primeros escauceos le espeté:

—Voy a dictar una crónica por teléfono, así que prepare su grabadora. Pero quiero que sea publicada en la primera edición posible en todos los periódicos. ¿Entiende?

—Entiendo, pero necesito una razón para esa urgencia.

—La razón la hallará en la misma crónica. Cuando vea la luz, ocúpese de que lleguen a Flower Bay suficientes ejemplares de todos los diarios para que se arme un buen revuelo aquí. Eso es importante. Quiero que unos cuantos tipos empiecen a perder los nervios.

—¿Qué tipos?

—No pregunte.

—No me dice una palabra de Shaun Rowe...

—Mucho me temo que haya que encargar un funeral para él, pero no estoy seguro. Otra cosa; mandé un paquete a O'Mara,

del laboratorio. Quiero un informe detallado por la mañana, cuando le llame por teléfono también.

—Siga. ¿Qué más quiere usted?

Había sarcasmo en su voz, pero eso era natural en él, de modo que lo pasé por alto y añadí:

—Una de las cosas que quisiera saber, también, es qué infiernos tiene que ver con este asunto un consejero privado del presidente.

—¿Qué?

Sonó como un rugido. Yo dije:

—Ford. ¿Qué pinta él en un asunto de supuesta corruptela política?

—Que yo recuerde, no le ordené investigar por ese lado...

—Estoy navegando sin brújula por su culpa, Gran Tipo, de modo que no se queje si en mi singladura equivoco el rumbo.

—¡La crónica, y deje de divagar!

—Muy bien, allá va.

Estuve hablando casi media hora. Dije mucho y no dije nada, según cómo se interpretase la historia. Se deslizaban algunos nombres y se insinuaban muchas cosas. Bien aderezado por los especialistas en esos menesteres, la cosa adquiriría la dimensión de escándalo, a menos que Innes decidiera frenar el asunto hasta tener más pruebas.

Sin embargo, cuando callé él dijo:

—A veces me pregunto por qué infiernos se le paga a usted tanto dinero... Muy bien, entrará en la segunda edición de la mayoría de periódicos. La primera de la mañana ha salido ya.

—Conforme.

Colgué y encendí un cigarrillo. Nancy estaba a mi lado, mirándome como si me viera por primera vez.

—¿Y ahora? —musitó.

—Nada.

—¿Cómo?

—Nada —repetí—. Esperaré. Estas cosas hay que dejarlas cocer. Cuando esté lo bastante caliente, destaparemos el puchero.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto. Me gusta esta casa. Un día aquí sin hacer nada va a resultar incluso agradable.

—De modo que sin hacer nada...

—Eso dije.

—Lo dudo. Ya me encargaré de que estés ocupado, señor Latimer... La miré, frunciendo el ceño.

—¿Has pensado en tu adorador? El médico, quiero decir.

—Oh, pensaré en él cuando tú te hayas ido.

—Si es una indirecta para que me largue, olvídalo. Sacudió la cabeza.

—No dije eso...

La atraje hacia mí. El perrazo levantó su cabezota, mirándonos.

Cuando la besé, dejó de interesarse por lo que no le importaba y volvió a dormir. Tal como ella dijo, me mantuvo muy ocupado durante todo el tiempo.

CAPÍTULO VI

Era casi mediodía cuando desperté.

Me duché rápidamente y, después de un rápido afeitado, me vestí y bajé a la planta baja.

El primero que salió a mi encuentro fue el perrazo. Se acercó y estuvo olisqueando mis piernas por espacio de un minuto, hasta que al parecer decidió darme el aprobado.

Bostezó, sólo para que viera sus afilados colmillos, y luego me precedió hacia la terraza, donde el sol era amortiguado por un toldo multicolor.

Había una mesa y algunos sillones. Bajo el sol, una tumbona contenía la más hermosa filigrana que yo recordaba haber visto nunca.

—Hola, querido —runruneó Nancy, mirándome por entre sus larguísimas pestañas. Llevaba un dos piezas tan diminuto que mejor parecía dos medias piezas.

—Nena, el espectáculo es demasiado fuerte para un hombre débil como yo, que ni siquiera ha desayunado.

—Hay un timbre ahí... Si te molestas en oprimirlo alguien vendrá con jugo de naranja, huevos, jamón y café.

Me apresuré a pulsar el timbre. Acerqué un sillón a dónde ella estaba y seguí contemplándola con infinito placer.

—Tú sabías que iba a bajar y lo preparaste para dejarme turulato, ¿no es cierto?

—Algo hay de eso. Necesito sobornarte.

—¿Y para eso te quitaste la ropa?

—¿Sabes un sistema mejor? Confesé que no, naturalmente. Rió suavemente y luego murmuró:

—Papá entró a despedirse cuando se fue...

—¿Y...?

—Se propone renunciar después de esa reunión de esta mañana.

Una sirvienta apareció cargada con una bandeja. Sirvió el copioso desayuno y nos dejó solos otra vez.

No hablé mientras quedó algo comestible en los platos. Después, apurando la última taza de café, dije:

—Me gustaría saber a qué hora llegan los periódicos aquí.

—Hasta últimas horas de la tarde no se venden los de Nueva York. ¿Te preocupa mucho?

—En cierta forma, ellos deberán desencadenar los futuros acontecimientos. Por otra parte, la publicación de la crónica que dicté anoche será una especie de seguro de vida para mí. Lo pensarán dos veces antes de acribillarme, porque sabrán que después de ese primer artículo, si me ocurre algo, doscientos y pico de periódicos pedirán una investigación nacional en este estercolero.

—Eso no te serviría de ningún consuelo si estabas muerto.

—No amargues esta mañana tranquila y soleada, primor.

—¿Es que tú no piensas en lo que puede suceder?

—Por supuesto que sí. De lo contrario, ¿por qué demonios crees que todavía estoy vivo, después de haber transmitido crónicas desde todos los rincones del mundo, incluida Rusia y China?

Cerró los ojos bajo el sol. Su piel dorada era una pura delicia, y uno hubiera deseado que la mañana no transcurriera, que el tiempo llegara a detenerse y que en toda la tierra no hubiese más seres vivientes que nosotros dos.

Pero eso eran simples quimeras.

Encendí un cigarrillo y me encaminé al teléfono. Tras algunos intentos y una corta espera, establecí comunicación con O'Mara,

el destinatario de los guantes.

—¿Recibiste mi regalo? —pregunté.

—Hace apenas una hora —dijo—. ¿Qué es lo que quieres en realidad?

—Todo, muchacho. Esos guantes me preocupan.

—¿Por qué?

—En primer lugar, los encontré en un lugar de veraneo, y aunque no estamos en plena temporada, puedo asegurarte que uno puede bañarse si se le antoja, tan buena es la temperatura. ¿Para qué quiere nadie unos guantes en un sitio así?

—Tal vez para manejar materias delicadas o peligrosas.

—Eso mismo pensé yo. Sigue,

O'Mara.

—No he tenido tiempo de hacer pruebas con ellos todavía, pero puedo anticiparte que las quemaduras y el agujero fueron producidos por algún ácido corrosivo.

—¿Mucho ácido?

—Depende de la clase. Si es muy activo, con una sola gota puede haberse producido el agujero.

—Escucha..., ¿viste la fotografía de Ferguson?

—Sí...

—¿Pudo ser ése el ácido que manejaron con los guantes?

—Eso es imposible de saber sin tener el cadáver, para examinarlo.

—Eso va a ser difícil. Lo incineraron aquí antes que Innes pudiera hacer nada.

—Se me ocurre que se dieron mucha prisa, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, sea como fuere, a Ferguson le destrozaron con un ácido terriblemente corrosivo. Pudo ser el mismo que agujereó ese guante o no. Pero si tú crees que esos guantes están relacionados de algún modo con el asesinato del pobre muchacho, creo que podemos conjeturar que se trata del mismo.

—Apuesto que están relacionados, a juzgar por el lugar donde los encontré.

—Está bien, muchacho, continuaré trabajando con ellos. Quizá encontremos algo más. De momento, puedo decirte que no son nacionales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La piel, la horma, el tipo de manufactura, el cosido... Apostaría que no fueron hechos aquí.

—¿Quieres decir que son importados?

—Casi lo juraría, aunque nadie importa guantes tan bastos, Dick.

—Espera un minuto. ¿Qué es exactamente lo que quieres decir con eso?

—Que alguien los trajo en su equipaje. Alguien que los usaba en el lugar de donde vino. Estoy dispuesto a jugarme la cabeza que no hay ningún comercio en nuestro país que venda nada igual..., tan

rígido y de tan baja calidad.

—Ajá, eso se presta a infinidad de conjeturas, ¿eh?

—No es más que una opinión personal de todos modos, Dick. Tómallo con las debidas reservas.

—Está bien, pero sigue trabajando con ellos. Cuando termines en el laboratorio, dáselos a Innes. Que él haga que alguien investigue su posible procedencia. Es muy importante.

—Lo haré. Ten cuidado, muchacho.

—Siempre tengo cuidado.

—Recuerda a Ferguson de todos modos. Y colgó.

Yo hice lo mismo y me quedé allí un buen rato, pensando en la reciente conversación.

Cada vez lo entendía menos.

Oí que Nancy me llamaba y regresé a la terraza.

—¿Buenas noticias?

—Depende de cómo se mire. Si uno se detiene a pensarlo, cada vez se complica más este asunto. Ahora ya no estoy seguro de que me mandasen aquí para investigar una simple corrupción política, ni un imperio de vicio y delincuencia.

Se enderezó un poco, con lo cual el escorzo de su bellísimo cuerpo ganó en perspectiva y yo en inquietud.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió, intrigada.

—Que si es lo que parece, alguien cometió un estúpido descuido cuando liquidó a Shaun Rowe.

—No entiendo...

Me encogí de hombros.

—Yo tampoco estoy muy seguro del terreno que piso. Ladeó la cabeza, mirándome fijamente.

—Quisiera ayudarte —dijo de pronto—. No sé de qué modo hacerlo, pero quizá con ello pudiera ayudar a papá también, ¿no crees?

—Estás ayudándome proporcionándome este refugio y tu compañía, aunque ahora deba renunciar temporalmente a ambos.

—¿Ahora? Yo creí que no saldrías hasta la noche, Dick.

—Yo también pensaba permanecer aquí hasta que estuviera oscuro, pero quiero comprobar un par de puntos. ¿Conoces un tugurio llamado Trocadero?

—Sí, es un bar de mala fama. Kay un salón de billares o algo así.

—¿A quién pertenece?

—Eso no puedo decírtelo. ¿Qué hay allí que te interese?

—Sólo que es el lugar donde se reúnen los matones que me sacudieron la otra noche. Me levanté y entonces se me ocurrió otra cosa.

—Mi coche es muy llamativo y ellos deben conocerlo, primor. ¿No habría por aquí otro más discreto para que pudiera moverme con más libertad?

—En el garaje... Detrás de la casa. El chófer de papá llevó allí el tuyo también.

—Gracias. Eres mi ángel tutelar.

—Si puedes dedicarme unos minutos, exclusivamente a mí, te demostraré todo lo que puedo ser para ti.

—Espero que lo recuerdes cuando todo esto haya terminado.

Inclinándome, la besé en los labios y me escabullí antes que perdiera el control.

«Foch», el perrazo, abrió un ojo cuando pasé junto a él. Esta vez ya no se tomó la molestia de mostrarme sus malditos colmillos.

Lo tomé como buen augurio.

El garaje, además del mío, contenía dos coches más. El rutilante «Lincoln» de Nancy y un «Mercury» descubierto con tantos cromados que casi ocultaban la pintura.

El chófer, un individuo de cara pálida y ojos tristes, estaba sacándole brillo al «Lincoln».

Señalé el «Mercury», preguntándole:

—¿Tiene usted las llaves, amigo? Voy a llevarme éste.

—Están en el contacto, señor. Ese «Lamborgini»... ¿es suyo, señor?

—Seguro.

—Nunca he conducido uno igual —comentó—. Lo revisaré cuando termine con éste.

—Gracias.

Saqué el «Mercury», atravesé el jardín de la residencia del senador y antes de tomar la última curva del sendero aún pude ver el ademán de despedida de Nancy, desde la terraza.

Conduje rumbo al centro, hasta encontrar una cabina telefónica. Llamé al Trocadero desde ella, y cuando me contestaron pregunté:

—¿Está Sardón por ahí?

—No lo he visto en todo el día —replicó la voz gruñona.

—¿Y Rolfieri?

—Espere..., creo que anda por los billares.

Esperé. Un minuto después, una voz aflautada indagó:

—¿Quién habla?

—¿Rolfieri?

—Sí, sí...

—Aquí Latimer.

—¡Usted! —bufó—. Siga escondiéndose. No le servirá de nada.

—¿Encontraron a Bruno? Sonó una especie de rugido.

—¡Seguro que le encontramos! ¿Qué es lo que quiere? Salga de su madriguera y...

—Eso será más tarde. Ahora sólo quería preguntarte por los guantes que alguien perdió.

—¿Qué?

—Los guantes, gorila. Alguien los encontró.

—Maldito si sé de qué me habla.

—Quizá lo sepa tu jefe. No importa. Ya lo averiguaré.

Colgué. Si mordían el anzuelo aún quedaría una esperanza de que Shaun estuviera con vida.

Volví al coche, lo llevé cerca de la entrada del hotel Tropic, subí la capota automática y, estacionándolo al lado de la acera, me dispuse a esperar.

CAPÍTULO VII

Pasó una hora y después otra.

Acabé mi cajetilla de cigarrillos y eché mano de otra que encontré en la guantera del coche.

Siguió deslizándose el tiempo y empecé a desesperar. Debía haberme equivocado. De todos modos no tenía nada mejor que hacer hasta la noche y seguí allí, contemplando el ir y venir de la gente en las aceras, las entradas y salidas del hotel y la riada de coches que se deslizaban por la calzada.

Estuve tentado de abandonar la vigilancia un centenar de veces, pero había algo dentro de mí, como una corazonada, que me impulsaba a perseverar.

El tiempo no importaba, me dijo una vez un veterano corresponsal en Moscú. Únicamente los resultados. A veces había que aguardar semanas enteras a que los gerifaltes rusos se dignaran soltar alguna noticia, y cuando eso sucedía lo importante era encontrarse allí para recibirla, no el hecho de haber estado esperándola durante días y días.

Así que continué.

Y me salí con la mía.

Aparecieron a última hora de la tarde.

Eran cuatro y tripulaban un «Sedán» azul oscuro, grande como un acorazado. Vi detenerse el coche frente a la marquesina del hotel, y de los cuatro ocupantes tres saltaron a la acera. El cuarto se quedó sentado frente al volante y pude ver que no apagaba el motor.

Los tres individuos entraron en el hotel y estuvieron dentro sólo diez o quince minutos.

Cuando salieron, lo hicieron llevando la maleta de Shaun y su máquina de escribir.

Subieron al coche y éste se alejó.

Emprendí la persecución manteniéndome a suficiente distancia como para no infundirles sospechas.

Atravesamos la población por el paseo que bordeaba la playa. Luego, el gran «Sedán» salió a carretera libre y comenzó a encaramarse por la cornisa que recortaba las colinas.

Allí era más arriesgado seguirle, de manera que le concedí casi una milla de ventaja. Debido al tortuoso trazado de la carretera, y a que ésta discurría todo el tiempo cortada en la misma ladera, podía verlo de vez en cuando delante y encima de mí.

Encendí las luces cuando oscureció y poco después el coche que perseguía hizo otro tanto. Debido a lo escaso del tráfico sus luces me ayudaron a no perderlo de vista a pesar de la distancia.

No obstante, aceleré y gané terreno, porque ellos no llevaban una velocidad excesiva.

Me aproximé sin delatarme y de pronto desaparecieron.

Pasé por el desvío sin verlo hasta que ya lo había rebasado, así que continué como una milla más y luego regresé.

El desvío me llevó media milla fuera de la ruta principal y allí detuve el coche, que había conducido con las luces apagadas, dándole la vuelta para dejarlo en posición de salir de estampida si las cosas se ponían demasiado calientes para mí. Lo cerré, no obstante, y emprendí el camino a pie.

Era aquél un paraje agreste y desierto, muy alejado de la población. Cualquier cosa que sucediera allá arriba no sería observada por nadie, lo cual quería decir que si me soltaban una ráfaga de balas nadie acudiría en mi ayuda.

Afortunadamente, conservaba la pistola que había pertenecido a Bruno Vould.

Repentinamente, la verja apareció frente a mí alzándose en la oscuridad igual que un dibujo geométrico. Me detuve y la examiné.

Era recia, metálica. Se extendía hasta perderse de vista a ambos lados del enorme portón cerrado. Por si estaba equipada con aparatos de alarma me abstuve de tocarla y seguí recorriéndola en toda su extensión por el desigual terreno.

La residencia se elevaba al fondo, entre copudos árboles, y brillaban luces en sus ventanas. Pude ver la oscura carrocería del «Sedán», gracias al resplandor de una de ellas. Me convencí que si quería entrar no tenía más remedio que escalar la verja,

arriesgándome a disparar las posibles señales de alarma. Tanteé los barrotes con infinito cuidado sin hallar nada alarmante.

Estaba en el lugar más alejado de la edificación. Me decidí al fin, izándome a pulso, poniendo a prueba los músculos que el japonés profesor de karate y su masajista Kuo habían endurecido sin concesiones.

Cuando me encontré al otro lado avancé tanteando cada pulgada del suelo. Así evité tropezar con un cable que corría, tenso, a cuatro pulgadas sobre el césped.

Tardé una eternidad en llegar cerca de la casa. Allí todo estaba tranquilo porque aquellos bastardos debían considerarse seguros dentro de su fortaleza.

Una de las ventanas me ofreció un buen lugar de observación. Empuñé la pistola de Bruno y atisé.

Era una salita con escasos muebles. Sobre la mesa central habían abierto la maleta de Shaun y esparcido su contenido. Los cinco individuos no parecían muy felices precisamente.

Hubiera dado cualquier cosa por escucharles. Uno de ellos, rechoncho, con una cabeza en forma de huevo completamente calva, gesticulaba y su rostro estaba congestionado de ira.

Los otros cuatro eran los tripulantes del coche y aguantaban el chaparrón estoicamente.

Me deslicé a lo largo de la pared hasta donde estaba el coche. Silenciosamente, levanté el capó y saqué la cabeza del distribuidor, arrojándola en medio de la vegetación. Para asegurarme de que no podrían utilizarlo, saqué también los cables de las bujías, que siguieron el mismo camino de la tapa del delco. Perderían mucho tiempo buscando respuestas, si es que disponían de ellos en la casa.

Tras esto, tanteé la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Hubiera sido una gran cosa saber cuánta gente había dentro. Los cinco tipos ya eran un pequeño ejército para un tipo solo, pero si había más la cosa podría ponerse extremadamente desagradable para mí. Volví a la ventana, pero ya no estaban allí. La luz estaba apagada.

Me puse a trabajar en ella. Abrirla resultó una tarea larga y desesperante, pero al fin lo conseguí y pude colarme al interior.

La maleta y todo lo demás continuaba sobre la mesa. En el suelo estaba la máquina de escribir de Shaun. No se habían molestado en

volver a cerrar la maleta.

Atravesé la estancia y escuché detrás de la puerta. No pude oír nada y la abrí. Se extendía un corto pasillo al otro lado, cerrado al final por una puerta debajo de la cual brillaba una línea de luz.

Avancé pisando como un gato. El tirador de la puerta giró silenciosamente bajo mi mano. La abrí lo justo para atisbar el interior.

Había dos hombres allí. No conocía a ninguno de ellos, lo cual no dejaba de inquietarme, porque indicaba que en alguna parte debían encontrarse los que ya habían tenido un primer encuentro conmigo en el hotel.

Uno de ellos estaba diciendo:

—Ese tipo está loco. Por poco no nos ha llenado de plomo sólo porque un maldito par de guantes, no estaban en la maleta...

—Empiezo a pensar que cometimos una equivocación aceptando este trabajo, Walmar.

Siempre dije que no podía uno fiarse de los extranjeros.

—¿Y qué podemos hacer? Si nos largamos ahora nos quedamos sin un centavo.

El otro gruñó entre dientes. Encendió un cigarrillo, refunfuñando algo que no entendí. El llamado Walmar levantó los pies y los colocó sobre la mesa.

—Yo no sabía una palabra de los guantes. Después de todo, quien los utilizó con aquella porquería fue él... ¿Por qué se preocupó de ellos cuando nos largamos de aquella choza?

—No se puede discutir con esos tipos. Prepárate cuando vengan los otros y se enteren de este lío. Habrá que oírlos.

De pronto, en alguna parte, se elevó un aullido espeluznante, un alarido infrahumano que estremeció hasta la última fibra de mi cuerpo. Jamás había oído nada igual, nada que contuviera tal cantidad de dolor y espanto.

Los dos tipos dieron un respingo y Walmar gruñó:

—Ya empieza otra vez. ¿No te dije que está loco?

—Después de todo, por unos podridos guantes —rezongó el otro de un humor de perros—. Supongo que serán unos guantes como habrá a millares. No podrán seguirles la pista, digo yo.

Ellos no podían saber que si eran fabricados en el extranjero, aquellos guantes hablarían tan claramente como un

conferenciante...

Acabé de empujar la puerta y me colé dentro con la pistola por delante.

—Tranquilos, compañeros —dije—. Un plomo en la barriga no le sienta bien a nadie. Se quedaron igual que estatuas de piedra, mirándome estupefactos.

—Bueno —jadeó Walmar—. ¿Quién demonios es usted y por dónde entró?

—Por la chimenea, como Santa Claus. Las manos en la nuca o empiezo a hacer ruido.

—Otro chiflado —refunfuñó el segundo.

Pero colocaron las manos donde les ordenaba, porque debieron darse cuenta que de no hacerlo significaba encajar un plomo.

—Media vuelta. Quiero veros la nuca. Giraron obedientemente.

Le descargué tal culatazo a Walmar que el tipo se arrugó sin una queja. El otro inició un movimiento de protesta, pero recibió lo suyo y ya no rebulló más.

Les despojé de la artillería. Iban bien provistos los dos. Tras esto les amarré con sus propios cinturones y corbatas, llené sus bocas con los pañuelos y trozos de cortina y deseé fervientemente que se ahogasen cuanto antes.

Apagué la luz de la estancia y volví atrás.

Guiándome por el alarido que había oído, encontré otro pasillo que terminaba en una escalera. La subí en silencio. Estaba a la mitad cuando el espeluznante grito se repitió, aunque mucho más débil.

Corrí entonces. Arriba había varias puertas cerradas y una abierta, por la que salía una catarata de luz. Asomé un ojo y sentí que mi estómago se encabritaba.

Había un hombre amarrado a una silla. Tras él, en escorzo, estaban los otros dos pasajeros del coche, y delante, con un estilete ensangrentado en la mano, el tipo rechoncho.

Éste hablaba pero no presté atención a sus palabras ni a su acento extranjero. Creo que en aquellos instantes me volví loco o algo así, de otro modo no habría actuado de aquella forma.

Pero sólo con ver lo que había hecho en el pecho de su víctima, todo se volvió rojo para mí, tan rojo como la sangre que brotaba de infinidad de heridas que formaban una especie de parrilla en el

dorso desnudo del desgraciado Shaun Rowe.

Entré de un salto y todos se volvieron hacia mí. Tiré del gatillo provocando un tremendo estampido entre aquellas paredes y el hombre rechoncho abrió la boca como un pez fuera del agua. Empezó a arrugarse hasta caer de rodillas, boqueando.

Los otros dos se movieron entonces, saliendo de su estupor. En otras circunstancias quizá habrían tenido una oportunidad, pero no entonces, no cuando yo sólo ansiaba matar y apretar el gatillo se había convertido en algo perfectamente natural para mí.

Les acribillé implacablemente, zarandeándoles con cada impacto, arrojándoles uno contra otro. En los espasmos de la muerte casi se abrazaron y así cayeron en confuso montón mientras los roncosp estampidos de la pistola rebotaban dentro de la casa como un trueno que no fuera a terminar jamás.

Me precipité hacia Shaun. Tenía la cabeza caída hacia adelante, y puedo asegurar que su rostro no era nada agradable de mirar.

—No te trataron muy bien, ¿eh, muchacho?

El gordinflón emitía un quejido sordo, con las manos aferradas a su estómago. La sangre se deslizaba entre sus dedos engarfiados. Le propiné un salvaje puntapié en la cara y rodó sobre sí mismo. Sus quejidos subieron de tono.

Le registré, comprobando que no llevaba arma alguna. El cuchillo estaba un poco más allá y lo alejé de una patada.

Estaba tan furioso que hubiera podido destrozar a aquel engendro del infierno sin piedad alguna, de no tener que ocuparme urgentemente de Shaun.

Le solté y tuve que sostenerlo para que no se desplomara de bruces.

Estaba todo él hecho una llaga, sólo que sus heridas anteriores estaban cubiertas por una costra de sangre seca y las recientes no.

Separé los dos pistoleros muertos a puntapiés, después de tender al inconsciente Shaun en el suelo. En unos instantes hube despojado a uno de ellos de sus ropas, con las que vestí a mi desgraciado colega. No eran precisamente de su medida.

Tras esto, y cargándolo sobre mi hombro, descendí las escaleras.

Sólo cuando llegué abajo comprendí que me había precipitado. El tipo rechoncho hubiera podido contarme muchas cosas, pero ahora era ya demasiado tarde porque al fin había muerto, después

de gimotear y agonizar con todo el fuego del infierno en las entrañas.

Salí de la casa, llegué a la entrada principal de la verja y la abrí.

Dejé a Shaun tendido en la hierba y volví atrás. Los dos pistoleros habían recobrado el conocimiento y la mirada que me dirigieron no fue nada cordial que digamos.

Les libré los pies y a patadas les obligué a levantarse.

—Andando, la fiesta no ha hecho más que empezar —dije, empujándoles hacia la salida.

Abandonaron la casa a trompicones. Cuando vieron a Shaun comprendieron que yo había ganado y el pánico se apoderó de ellos. Seguramente hasta entonces habían albergado la esperanza de que cualquiera de sus camaradas pudiera liquidarme.

Les obligué a precederme hasta el coche. Allí volví a tener cierto trabajo, porque utilizando de nuevo una de sus pistolas les abollé el cráneo a los dos, con lo que perdieron el interés para su futuro inmediato.

Instalé al pobre Shaun en el asiento contiguo al del conductor. Luego, amarré nuevamente los pies de los dos satélites y les arrojé sobre la alfombra del compartimento trasero.

Así regresé a Flower Bay, satisfecho por haberme apuntado aquella victoria y por haber podido sacar a mi compañero con vida de las garras de una pandilla que al fin acababa de encontrar a alguien capaz de luchar con sus propios medios.

Tomé rumbo a la residencia del senador y aceleré.

CAPÍTULO VIII

Cuando el doctor Merrill terminó de trabajar sobre el inconsciente Shaun Rowe amanecía. El médico estaba empapado de transpiración y la expresión ceñuda de su rostro auguraba dificultades.

Era un individuo alto, delgado y aristocrático. Tenía una manera de mirar que a un tipo más impresionable que yo le habría hecho sentirse poco menos que como basura.

Desde una butaca, Nancy había asistido al trabajo de reparación extraordinariamente pálida, ayudando cuando Merrill lo solicitó, y mirándome todo el tiempo restante, como esperando una explicación.

Todo lo que yo dije fue:

—No tenía otro sitio a dónde llevarlo sin exponerme a que le asesinasen.

—Podía haberlo trasladado al hospital —había rezongado el matasanos.

—¿Sí, doctor?

Se fue a lavarse las manos, que llevaba empapadas de sangre. Cuando regresó dijo con su voz campanuda:

—Es el segundo individuo que me obligas a curar en estas circunstancias, Nancy. Es demasiado...

—Querido...

—Esta vez voy a dar cuenta a las autoridades. Suspiré. El tipo iba a ganarse lo suyo.

Nancy se levantó y fue hacia él ondulando como una serpiente.

—Goldie, querido, tú no harás nada de esto... Por mí, ¿entiendes? Es preciso que la policía no sepa que este hombre está aquí, y en este estado.

—Pero ¿te has vuelto loca tú también? Además, ese desgraciado no puede quedarse aquí. Precisa de los cuidados de un centro

asistencial. Debo llevarlo al hospital.

—Se quedará aquí —dije—. Su vida, aparte de que es amigo mío, es muy importante, doctor.

—Precisamente debe ser llevado al hospital para garantizar su vida.

—La garantizaré yo y aquí. Con esto —dije, mostrándole la pistola. Esbozó una mueca de repugnancia.

—Escuche —dijo con una voz que rechinaba—. Si teme por su seguridad, yo me ocuparé de que la policía establezca una vigilancia permanente en la habitación. ¿Qué más puede desear?

—Oiga, doctor —dije amablemente—. ¿Es usted imbécil o está metido en el chanchullo?

—¡No le consiento que...!

—Oh, cálese. Éste es un asunto de hombres, no de pusilánimes. Nancy ocultó una leve sonrisa.

—Debes hacer lo que te dice, Goldie, querido. Te aseguro que si papá estuviera aquí se pondría al lado de Dick..., de Richard.

El la miró echando chispas.

—Le tratas con excesiva familiaridad para ser un forastero..., un pistolero, mejor dicho.

—Mi herramienta de trabajo es la máquina de escribir, compañero. Y ahora cierre el pico que he de hablar por teléfono.

Dediqué un vistazo a los dos fardos silenciosos que permanecían tendidos en un rincón, a corta distancia del perrazo, que parecía relamerse por anticipado a juzgar por la frecuencia con que gruñía y les mostraba sus afilados colmillos.

Descolgué el auricular. Me costó unos minutos conseguir comunicación con el Gran Tipo, pero al fin lo tuve al otro lado y le espeté:

—Empiece a moverse, jefe. Encontré a Shaun Rowe muy estropeado, pero vivo. Estuvieron trabajándole con un estilete y lo que hicieron con él no es agradable de ver... Necesito un coche grande en el cual pueda ser trasladado sin despertar sospechas. También, un fotógrafo y un médico para acompañar a Shaun durante el viaje hasta la ciudad. Y una vez allí, una escolta permanente por si alguien tiene la idea de cerrarle la boca definitivamente.

—¿Tan mal está la cosa, Latimer?

—Peor. Diga a los tipos que vengan con el coche que vayan armados. Han empezado las hostilidades y le aseguro que esa gente no se detiene por un cadáver más o menos.

—¿Ha habido muchos?

—¿Muchos qué?

—Cadáveres.

—Por el momento, tres —dediqué un vistazo a los dos prisioneros y sonreí—. Hay dos más que lo serán dentro de poco, pero de momento tres es la cuenta. Todos de la oposición.

—Ya veo... Sabía que usted lo haría, maldita sea, Latimer. ¿Qué hay del asunto?

—Shaun tiene la llave del cofre. Pregúntele a él, si es que puede hablar antes de un mes.

—¡Se lo pregunto a usted! —rugió.

—No me grite. Ha estado a punto de fundir este teléfono. Dígales a los que vayan a venir que se dirijan a la residencia del senador Anders... Martin Anders. El senador está ayudándome mucho en este asunto. Recuérdelo, Gran Tipo.

—¡Maldita sea, Latimer, quiero...!

—Usted siempre quiere una cosa u otra. ¿Olvida que me mandó a este lío completamente a oscuras? Pídale ayuda a su amigo Ford... Colgué.

Imaginé que en su despacho por lo menos se comería el teléfono de una dentellada.

Nancy me miraba de tal manera que sentí un agradable calorcillo a lo largo de todos mis miembros.

Con una voz susurrante musitó:

—Gracias, Dick.

—¿Por qué? Olvídalo.

—Por lo que has dicho de papá. Merrill gruñó:

—Esto ha durado demasiado. Es hora de que intervenga la ley...

—Usted se la buscó, amigo. Lamento tener que hacer eso después de su ayuda, pero la partida que hay entablada no permite delicadezas. Siéntese en esa silla.

—¿Qué? ¡Voy a irme de aquí ahora mismo!

Le incrusté el cañón de la pistola en la barriga y grité:

—¡Siéntese, maldito sea!

Cayó sentado con los ojos girándole en las órbitas.

—Usted es un tipo más peligroso que una carga de dinamita en manos de un niño, doctor, porque puede desencadenar el desastre con la misma inconsciencia. Si se mueve de aquí tendré que atarle, y no dude que lo haré. Le necesito todavía y no dejaré que dispare usted la alarma entre esa camarilla.

—¡Eso le costará caro! —bufó, pálido como un sudario.

—Nancy, trata de calmarlo, ¿quieres? —Pero de pronto añadió, preocupado—: Pero no necesitas poner demasiado calor en ello.

Sonrió y yo les dejé juntos, para ocuparme de los otros dos forzados invitados.

—Veamos si nos entendemos ahora nosotros.

Libré a uno del amasijo de trapos que tenía en la boca. Instantáneamente empezó a maldecir y su lenguaje fue realmente explosivo.

Le obligué a callar propinándole un revés que sonó como un tiro.

—Modérate, camarada —le aconsejé—, o perderás todos tus dientes. He de prevenirte que este asunto va a estallar en cualquier momento y tú saltarás en pedazos con él. Ahora, decide; o colaboras o te mueres. ¿Qué te parece?

—¡Muérete! —Gruñó.

—Sí, bueno... «¡Foch!».

El perrazo dio un salto al oírse llamar tan violentamente. Gruñó su disgusto, y estaba muy cerca del pistolero.

—Examina su dentadura, compañero —le dije—. Este animal tiene instintos asesinos si se le ordena. ¿Qué te padecen esos colmillos?

El enorme lobo dejó de gruñir y nos miró a ambos, como preguntándose a cuál degollar primero.

El pistolero se estremeció.

—¡Apártelo de aquí! —balbució.

—De ti depende. Merrill exclamó:

—¡No puede usted hacer eso..., es... inhumano!

—Tendré que amordazarlo.

Sin embargo, Nancy me advirtió:

—Cuidado, Dick... «Foch» saltará al menor estímulo. A menos que quieras realmente que despedace a ese hombre, es mejor que me dejes sacarlo de aquí.

—¿Sacarlo de aquí? —protesté—. Si no deseas presenciar el espectáculo, es mejor que salgas tú.

Ella ocultó una sonrisa y murmuró:

—Como tú quieras...

Y se volvió de espaldas.

—«¿Foch?».

El perrazo me miró, interrogante y esperanzado. Fue suficiente para el héroe atado.

—¡Apártelo de mí! —suplicó—. Haré lo que quiera, pero llévase a esa maldita bestia.

—No le insultes, bastardo. Es mucho más decente que tú.

—¡Todo lo que quiera, pero lléveselo!

—¿Nancy?

La muchacha llamó al perro y le obligó a tenderse a sus pies. Yo empecé:

—¿Quién era el tipo rechoncho? Tras un ligero titubeo gruñó:

—Apenas le conocíamos. Nos ordenaron ponernos a sus órdenes y...

—¿Quién dio esa orden? Nueva vacilación.

—Recuerde al perrito —dije.

—Flager —confesó.

—Ajá. ¿De dónde procedía el extranjero?

—No lo sé. Nos dijo que se llamaba Korzeny.

—Ése sería un nombre falso...

—No sé.

—¿Qué sabes de Ferguson? Se estremeció de arriba abajo.

—¡Eso fue cosa de él! —gimió—. Nosotros sólo le capturamos... El se encerró a solas con aquel tipo y lo hizo todo...

—¿Con ácido?

—Sí, pero..., pero estuvo golpeándole... Sentí terribles tentaciones de golpearle yo.

—¿Qué clase de negocio es el que estaba en marcha, lo sabes?

—No. No nos decía nada, sólo lo que debíamos hacer y cómo hacerlo.

—¿Por qué tenía tanto interés por esos guantes?

—Tampoco lo sé. Se puso como loco cuando Flager le llamó por teléfono. Entonces volvió a torturar a ese tipo que teníamos preso hasta que le obligó a confesar que él tenía unos guantes

chamuscados por ácido... Supongo que..., que serían los que llevaba puestos cuando liquidó al otro, en la choza del bosque.

—No eran más que unos guantes —dije—, pero que podían poner algo al descubierto, probablemente que los trajo del país de donde vino. ¿Rusia quizá?

—¿Rusia? No lo sé...

—¿Dónde está Flager, dónde puedo encontrarlo?

—Tiene una casa en las afueras, pero raras veces está aquí. Posee un apartamento en el centro y nunca sabe uno dónde encontrarlo.

—Quiero las direcciones de esos dos domicilios. Ya es hora de que alguien le ajuste las cuentas a ese perro.

—Ojalá lo intente usted —dijo rechinando los dientes—. Su gente le despachará en menos que canta un gallo.

—Como vosotros... tuvisteis mucho éxito, ¿no? Me volví hacia el doctor.

—¿Ha oído eso, doctor? Asintió. Estaba muy pálido.

—No comprendo nada —dijo con voz muy poco segura—. Pero sea lo que fuere...

—Sea lo que fuere, levantará este poblacho desde los cimientos. Entonces intervino Nancy.

—Ya ha empezado a socavarlos, Dick. Los periódicos han armado un escándalo. Los que ha llegado de fuera, naturalmente.

—Eso no es más que el principio. Yo en tu lugar telefonaría a tu padre para que no regrese por el momento.

Shaun gimió, inconsciente. Le pregunté al matasanos:

—¿No hay forma de recuperarlo rápidamente? Aunque sólo sean unos minutos.

—En su estado, no.

—Sería muy interesante lo que tuviera que decir.

Volví a amordazar al pistolero y empecé a pensar en la forma de hacer las cosas de la única manera que podían hacerse en un lugar como Flower Bay, donde todo estaba corrompido, empezando por la mismísima policía.

No era nada agradable y lamentaba ser yo quien tuviera que hacerlo, pero de cualquier forma debía ser hecho, y pronto.

Nancy murmuró:

—¿Por qué no esperas que el escándalo de los periódicos sea

todavía más fuerte?

Entonces, las autoridades estatales deberán intervenir y...

—Demasiado tarde. Esas ratas escaparían, y hay unas cuantas cosas que deben pagar como final de sus crímenes. No; voy a ir en busca de Flager, y tras él, los otros.

El pistolero se agitó de pronto. Le libré de la mordaza y jadeó antes de hablar:

—Puedo decirle algo importante si nos deja escapar —propuso.

—Lo dirás de todas formas.

—No. Aunque me mate. Es nuestro seguro de vida, conque puede hacer lo que quiera.

—Tú estás loco. Si te suelto te faltará tiempo para unirme a tus compinches y engrosar sus filas. No, gracias, ya tengo bastantes complicaciones sin añadir otras nuevas.

—¿Unirme a ellos? Sé cuando el barco se hunde...

Palabra que nos largaremos de la ciudad ahora que aún estamos a tiempo. ¿No es cierto?

El otro cabeceó con entusiasmo.

—Muy bien —decidí—. ¿De qué se trata?

—¿Nos dejará marchar después?

—Seguro.

No lo pensó mucho.

—Están preparando algo grande... todos ellos, Flager incluido... Han vendido todos sus negocios en menos de dos meses. *Cabarets*, hoteles, casinos, casas de juego... Todo.

—¿Y eso es lo importante? No me has dicho nada que valga la pena. Todo lo que eso indica es que ya tienen suficiente dinero y piensan retirarse.

—No, no, usted no comprende. Sea quien fuere el que lo ha comprado, ha pagado diez veces su valor.

—¿Diez veces el valor de esos negocios?

—Sí, así es.

—Ahora has dicho algo que puede ser importante...

—Ahora suéltenos.

—Más espacio. ¿No sabes quién lo compró todo?

—No; creo que se trata de una sociedad. Korzeny formaba parte de ella.

—Ya veo...

—¡Es cierto! —insistió, desesperado—. Flager dijo que nos íbamos a separar dentro de pocos días, que la organización había terminado.

Nancy, detrás de mí, musitó:

—Eso explicaría el hecho de que ya no necesitasen a papá.

—Sí. Pero también explicaría muchas cosas más. Merrill masculó:

—Están hablando y hablando y todavía no sé qué significa todo esto. ¿Qué le importa a nadie el que alguien venda sus negocios?

Le miré, estupefacto.

—O es idiota, o ha estado viviendo en el limbo durante años, doctor. Si todo lo que tiene que decir es como eso, mejor será que calle.

—¡No le consiento ese tono conmigo! —vociferó, levantándose.

—Ocupese del herido y cierre la boca, hombre.

Shaun había dejado de lamentarse y parecía dormir. Yo habría dado una mano para poder interrogarle antes de emprender mi última campaña.

—Tengo que irme, Nancy —dije—. Cuando lleguen los enviados de mi jefe para llevarse a Shaun, díles...

—¡Espera un momento! —exclamó—. No pensarás dejarme aquí con estos dos... Señaló a los pistoleros. El que había estado hablando vociferó:

—Usted dijo que nos dejaría marchar. Suéltenos de una vez. Le enseñé los dientes en una mueca.

—Nunca creas las palabras de un reportero, compañero. Volví a llenarle la boca de trapos y me enfrenté con Nancy.

—Esos tipos no podrán mover un dedo hasta que yo vuelva. Todo lo que tienes que hacer es tener el perro a mano para guardar el orden..., y no estará de más que en ese orden incluyas al estimado doctor Merrill. Si comete cualquier tontería le arrancaré la piel a tiras.

Los dejé allí, protestando, y me largué apresuradamente, utilizando de nuevo el ahora polvoriento «Mercury».

CAPÍTULO IX

El apartamento de Flager estaba en la planta quinta de un edificio nuevo y lujoso. Subí y llamé a la puerta, después de empuñar la pistola.

Abrió un tipo al que yo conocía. No tuvo tiempo de reaccionar porque antes que eso ya tenía el cañón hundido en la barriga.

Le empujé hacia atrás, diciéndole al mismo tiempo:

—Levanta la voz y te saco la barriga por la espalda. ¿Cuál eres tú, Sardón, Rolfieri o Fenwick?

—Sardón... No escaparás vivo de aquí, maldito emborronacuartillas.

—Bueno, no vayas a jurarlo... Vuélvete.

—¿Para qué? No se atreverá a pegarme un tiro aquí dentro.

—Sólo quiero librarte de la artillería.

Se volvió a regañadientes. Le tanteé el costado y encontré un revólver de cañón corto.

—¿Dónde están los demás?

—En el despacho... Flager y los otros.

—¿Cuántos?

—El jefe y Rolfieri. También está por aquí Penwick.

—Muy bien.

Le descargué un culatazo y su cráneo resultó débil para semejante golpe. Cuando se desplomó estaba sangrando por el occipucio.

Le aparté a un rincón y me adentré en el apartamento. Casi tropecé con un individuo que también era amigo mío.

Se quedó de piedra al verme, tan sorprendido como yo mismo, porque su aparición me había pillado de sorpresa. Únicamente que yo tenía la pistola en la mano y él en la funda.

—Bien, bien... Las manos sobré la cabeza, Rolfieri.

—Yo soy Penwik —protestó.

—No importa mucho, de cualquier modo voy a hacerte un agujero en la tripa.

—¡Maldito sea! No puede matarme así como así... Nosotros le dejamos vivo, en la playa...

—Ése fue un error que no tendréis ocasión de rectificar. Llévame a dónde está Flager.

—Muy bien.

—Pero antes vuélvete para que pueda despojarte de peso muerto.

—Ni así podrá salir de aquí vivo.

Se volvió. El culatazo fue tan fuerte que sonó como un tambor abollado. Le cacé al vuelo, antes que tocara el suelo. Luego, le libré también de su herramienta y me interné por la casa.

Oí voces detrás de una puerta. La abrí de un empujón y contemplé a los dos individuos que había allí dentro.

Uno forzosamente era Rolfieri, al que ya conocía. El otro, delgado y de baja estatura, parecía estar sentado cuando en realidad estaba de pie al otro lado de la mesa.

Rolfieri jadeó:

—¡Es él, patrón, el reportero!

—¡Maldición!

—Ésa no es una bienvenida muy cortés, Flager. Tú Rolfieri, ponte de cara a la pared, apoya los dedos índices en ella y no muevas ni las pestañas, porque como yo crea que estás mirándome de mala manera te meteré un plomo en un ojo.

Obedeció. Cuando lo tuve en aquella posición le desarmé sin dejar de vigilar a Flager, cuya mano izquierda presionaba una y otra vez un botón disimulado en la mesa.

Le sonreí animadoramente.

—Sigue llamando, Flager, a ver si acuden los bomberos. Porque lo que es tus matones yo diría que no están en condiciones de librar ninguna batalla.

Retiró la mano. Retrocedí hacia la puerta y di vuelta a la llave interior, guardándomela en el bolsillo.

—Ahora hablaremos, Flager.

—Hablará usted si quiere...

—Equivocado. ¿Viste a Bruno, cómo le dejé?

Asintió. Un ligero estremecimiento le recorrió visiblemente de

arriba abajo.

—Ése fue un trabajito bastante considerado, teniendo en cuenta las circunstancias. Para ti, las cosas serán distintas. La muerte atroz de Ferguson, y el rapto y tortura de Shaun Rowe me empujan a pagarte en la misma moneda, o sea, haciéndote trizas.

—Mire, podemos llegar a un arreglo. Ninguno de éstos vale más que una moneda de plomo. Usted es distinto...

—De eso puede estar seguro. Tan distingo que no quiero sobornos, ni amenazas ni dinero. Nada que venga de sus puercas manos. Todo lo que he venido a buscar es información.

Sonrió cínicamente.

—Cerrado —dijo—. No hay nada que hacer.

Sin previo aviso le golpeé la cara con la pistola. Un surco rojo apareció en su mejilla y cayó sentado al suelo.

Mirándome con ojos llameantes de odio e ira balbució:

—Haré que le...

—No prometas nada que luego no puedas cumplir. Esta noche he liquidado a Korzeny, o como se llamase el tipo, y a dos de los individuos que pusiste a tu servicio. Otros dos están en mi poder, vivos, y te aseguro que hablarán en mi periódico como cotorras. Por lo demás, el senador Anders está también dispuesto a tirar de la manta y mandarlo todo al infierno, así que tú verás lo que te conviene. O hablar largo y tendido, o visitar el cementerio definitivamente.

—¿Espera que me crea esta sarta de embustes?

—Korzeny está muerto y los demás en la situación que te he dicho. Sólo tienes un medio de escapar con la cabeza sobre los hombros, y es hablando.

—Nunca podrá vencerlos —rechinó—. Van a marcharse de aquí definitivamente...

—Todo eso ya lo sé, así como que han vendido sus sucios negocios por diez veces su valor. ¿Por qué, Flager?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Una vez más la pistola cumplió su cometido y él se derrumbó de nuevo. Ahora, tenía los labios rotos y sangre por toda la cara.

—Sé que Lewis está metido en esto, y Eberland, y Myson. Tú te encargabas de los trabajos sucios, ¿sí? Eras su matarife

profesional...

—Muy bien, ahora pruébelo ante un jurado y verá qué pasa.

—Eres cómico, amigo. ¿Para qué necesito un jurado?

Eso le preocupó. Miró a su esbirro, caído junto a la pared y que empezaba a rebullir. Le aticé de nuevo sólo para que siguiera durmiendo. De nuevo me encaré con Flager.

—¿Qué decides?

—Aunque quisiera hablar, que no puedo, no le serviría de nada. Ellos planeaban, y discutían. Yo estaba fuera, vigilando. Nunca supe cuáles eran esos planes secretos.

—¿Qué clase de consorcio es el que compró todos los negocios de la pandilla?

—No puedo decirlo..., son forasteros. El hombre que usted dice que está muerto era uno de ellos, pero es el único que vi. Sospecho que ni siquiera están en la ciudad.

—Pero tú sí estás aquí y vas a pagar por todos ellos.

—¿Por qué la ha tomado conmigo? Yo me limitaba a cumplir órdenes. Por lo tanto, vaya y pregúntele a Lewis o a cualquiera de los demás. Tras esto, le atraparán y estará listo.

—Eso queda por ver todavía.

Le obligué a dictarme las señas de los gerifaltes.

Pronto comprendí que la corrupción estaba mucho más extendida de lo que en un principio imaginé.

—Voy a preguntarte por última vez. ¿Quiénes han comprado todo el negocio público de Flower Bay y por qué?

De pronto oí un ruido en la puerta y volví la cabeza instintivamente.

Flager gozaba de buenos reflejos. Saltó sobre mí como un gato montés y ambos rodamos por el suelo.

Perdí la pistola y él gritó, entusiasmado.

Pronto acabé con su entusiasmo. Nakamura había empleado muchas horas en hacer de mí un buen luchador de karate.

Flager empezó a rugir al primer golpe. Al segundo, trató de levantarse para apartarse de mí, pero antes que pudiera lograrlo le cacé con otro mazazo de refilón que lo tiró hacia atrás como lanzado por una catapulta.

No pudo detenerse a tiempo. Pegó de espaldas contra el ventanal, hubo un estallido de cristales y el cuerpo desapareció

después de una trágica pirueta en el aire, ya fuera de la ventana.

Oí el sordo batacazo en la acera, los gritos de la gente y los silbatos de los polizontes. Abandoné el apartamento a escape. Apenas había salido a la calle cuando un grupo de agentes entraba en el vestíbulo.

Les deseé buena suerte.

La banda estaba prácticamente barrida. Sin pistoleros la violencia por su parte quedaría reducida a la mínima expresión.

Pero no por la mía.

Hice algunas averiguaciones aquí y allá, sólo para comprobar que era cierto que los mayores negocios de la población habían cambiado de propietario. No cabían dudas al respecto, aunque no pude saber si el precio pagado era cierto, o se trataba solamente de una fantasía del pistolero en su afán de que le dejase libre.

Sin embargo, yo estaba por creerlo, ya que ello explicaría que los jefazos de aquel pudridero hubieran decidido retirarse.

Volví a la residencia del senador. Todo continuaba igual allí.

—¿No han causado molestias esos dos bastardos? —le pregunté a Nancy.

—Más bien quien ofreció dificultades fue Goldie... Hube de emplearme a fondo para que desistiera.

—¿Qué infiernos quieres decir con que te empleaste a fondo? Estábamos en el vestíbulo. Se echó a reír.

—Eso exactamente —musitó—. Tuve que trabajarle...

—Trabájame a mí o le rebanaré el pescuezo a ese matasanos, nena. Me abrazó. O yo la abracé a ella, no estoy muy seguro.

Nuestros labios entablaron un combate desesperado, interminable.

Era un buen anticipo para cuando todo estuviera terminado y ella y yo pudiésemos quedarnos solos, sin urgencias, sin riesgos, sin pistoleros que trataran de agujerearme, sin financieros corrompidos..., y sin senadores a los que proteger de sus propios errores.

Nos besamos y ninguno de los dos tenía prisa por separarse. Al fin, ella se apartó para recobrar el aliento.

—Con él no hube de trabajar tanto —dijo.

—Lo celebro. Sigue trabajando un poco más, nena. Y siguió, por supuesto.

Para que la dicha fuera completa, ni siquiera el maldito perrazo estaba allí.

CAPÍTULO X

Llegaron casi al amanecer. Yo conocía al fotógrafo que vino acompañando a la expedición que debería llevarse a Shaun.

Fue él quien me anunció:

—Innes está en camino, Richard. Esto empieza a tomar un vuelo insospechado.

¿El Gran Tipo viene hacia aquí?

—Ni más ni menos.

—Debe haberse vuelto más loco de lo que ya está...

—Bueno, ¿para qué quieres el mejor fotógrafo del periódico?

—Tu modestia me conforta. Vas a sacar unas placas como jamás hiciste otras. Ven conmigo.

—Hemos acondicionado la parte trasera del coche para acomodar al herido. Porque se trata de un herido, según dijo Innes.

—Seguro que se trata de un herido.

El doctor Merrill dormitaba en una butaca. Tendida en un diván, Nancy dormía agotada por la tensión nerviosa.

Los dos rufianes estaban muy despiertos, pero de nada les servía.

En cuanto a Shaun estaba perfectamente inconsciente, aunque según la última opinión del doctor, ahora descansaba casi normalmente. Lamenté tener que estropearle el descanso, pero no había otro remedio.

—Doctor —dije—. Quítele los vendajes.

—¿Qué, ahora?

—Todos. Quiero que todo su cuerpo quede al descubierto.

—Esto es una salvajada. Le dolerá, y es una crueldad inútil. ¿Qué clase de individuo es usted?

—Un tipo que está haciendo un trabajo desagradable, doctor, y que lo hará hasta el final. Vendajes fuera, y apresúrese.

Gruñendo, protestando, amenazándose, puso manos a la obra.

A Shaun debió dolerle, porque se quejó varias veces en medio de

su inconsciencia.

Cuando el fotógrafo vio lo que habían hecho con aquel cuerpo empezó a temblar y casi vomitó.

—Ahí tienes tu trabajo, muchacho. Fotos con todo detalle. Quiero que se publiquen tan claras que la gente vomite sobre los periódicos. Vivo, para que el médico pueda volver a colocar los vendajes.

Temblando todavía, comenzó a trabajar. Lo hizo rápido, y yo aposté conmigo mismo que eran las fotografías más horribles que se habían hecho jamás a un ser vivo.

Cuando terminó me miró. Estaba verde.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Dónde está el lavabo?

Se lo indiqué y echó a correr.

El médico hizo su parte, arrancando nuevos quejidos al pobre Shaun.

Después, le acondicionamos para el viaje, bien envuelto en mantas que Nancy proporcionó. Respiré mucho más tranquilo cuando el coche se hubo perdido de vista, y cerrando la puerta volví al interior.

—Ahora hay que esperar al Gran Tipo. Quizá él sepa cómo terminar esto.

—¿Y papá? —me susurró ella.

—No lo sé..., depende de los demás, no de mí.

Me acarició la mejilla. Necesitaba un buen afeitado.

—Sé que harás cuanto esté en tu mano.

—De eso puedes estar segura.

Innes llegó una hora más tarde, cuando ya las primeras luces del día engullían las sombras.

No le gustó que se hubieran llevado a Shaun sin que él lo viera.

—Ahora, cuénteme los detalles de todo esto. Estuve hablando un buen rato. Al final dije:

—Hay extranjeros metidos en el embrollo, extranjeros que al parecer han comprado toda la industria turística de Flower Bay por un precio astronómico. Usted sabía que...

—Yo no sabía nada —gruñó—. Sólo que estaba preparándose algo grande en esta región. Flower Bay era un pudridero, de modo

que Ford calculó que podría ser el lugar elegido por esos bastardos.

—Ford, ¿eh?

—Ahora ya puede saberlo usted. Es el consejero del presidente en asuntos de contraespionaje, pero no nos convenía levantar la liebre. Una investigación por hombres del Gobierno hubiera puesto en guardia a esa pandilla. En cambio, unos reporteros no les alarmarían mayormente... o por lo menos eso pensamos.

—Ahora me gustaría aplastarle la nariz —dije—. A usted y a Ford. Debieron ponerme en antecedentes.

—Tonterías. Usted podía ser capturado y sabe perfectamente que existen medios de hacer hablar a un hombre.

Hube de convenir que en eso tenía razón. Estábamos solos en el despacho del senador.

—¿Por qué creyeron que los rusos armarían un aparato de espionaje en esta región?

—Porque a unas cuarenta millas de aquí, el Gobierno ha establecido una base de investigación de nuevas armas. Y porque desde este lugar sería muy estratégico enviar su gente y sus partidas de armas a las repúblicas de América Central y del Sur para fomentar las guerrillas.

—Ya veo..., en una población que en unos meses aumenta en un millón de habitantes, todos forasteros, podrían pasar desapercibidos un regimiento de agentes enemigos, sobre todo contando con que las autoridades estaban corrompidas hasta el tuétano... Y con una gran flota de yates de lujo, entre los que camuflar los que transportasen agentes y armas.

—Y con la proximidad del nuevo centro de investigación por añadidura. Me gustaría colgar con mis propias manos a los bastardos que lo hicieron posible.

—Tal vez pueda hacerlo si quiere.

—¿Qué, cómo?

—Sabemos quiénes son y dónde podemos encontrarlos. Hagámosles una visita y...

—Olvídelo. Ford se entrevistó anoche con el gobernador. A estas horas han emprendido la marcha hacia aquí con una buena dotación de policías estatales, acompañados de agentes federales. Eso es trabajo suyo.

—Bueno, si usted lo dice..., pero sabe de sobra que les

condenarán a unas penas absurdas de cárcel como premio.

—Son las leyes, Latimer.

—Unas leyes idiotas.

—Pero debemos respetarlas. Jamás me atrevería personalmente a contravenirlas. Lo dijo en un tono curioso y se largó para preparar la llegada de toda aquella gente.

Casi inmediatamente, llegó el senador. Nos sorprendió a Nancy y a mi abrazados, y la situación se hizo tensa durante unos instantes.

Luego, sonrió y cada cosa volvió a su lugar.

—No pensaba regresar tan pronto —dijo, como disculpándose—. Pero hay algo que debe usted saber, Latimer.

—Adelante, dispere.

—Me han convocado para una reunión... Ya sabe, Lewis y los demás. Veladamente, me han amenazado. Dicen que asistirán unos forasteros que me conviene conocer.

Di un salto hacia él.

—¿Dijeron forasteros o extranjeros?

—Bueno, no estoy muy seguro...

—No importa. ¿Dónde va a celebrarse esta reunión?

—En la residencia de Lewis, en la playa.

—Señálemme en el mapa dónde está, rápido, y no diga una palabra de esto a nadie.

—¿Por qué? No puede usted hacer esto solo.

—Bueno, veremos. Un mapa, por favor.

Trajo uno del estado y me indicó la situación de la casa.

Estaba pensando en que mi proyecto quizá fuera descabellado, cuando la voz de Innes dijo a nuestras espaldas:

—Le comprendo, Latimer, pero ya es demasiado tarde. Me volví en redondo.

—¿De qué está hablando?

—Estuve escuchando. Van a reunirse, ¿eh?

—Es usted...

—Lo sé, pero eso no quita para que escuchase. En estos momentos, las autoridades federales están tomando los puestos claves de la ciudad, empezando por los de la policía. Los policías del estado, a las órdenes del gobernador, sustituyen de momento a los locales. Y sea lo que fuere lo que haya que hacer les corresponde a ellos. Si se hubiesen retrasado un poco..., bueno, la cosa habría

sido distinta. No crea que no me hubiera gustado también a mí.

Le miré con nuevo respeto. El sonrió. Luego dijo:

—En cuanto al senador aquí presente, ¿qué es lo que piensa escribir sobre él?

—Resaltaré lo que nos ayudó a solucionar el asunto.

—Ya veo...

Nancy oprimió mi mano entre las suyas. El senador se tambaleó, retrocediendo hasta encontrar una silla.

—Imaginé que en este aspecto del caso había algo que usted se guardaba en el tintero, Latimer, maldita sea. Un periodista no debe... Bueno, de todos modos, los reportajes son suyos. Escríbalos.

—Lo haré.

—Inmediatamente.

—Seguro.

—Quiero el primero antes de regresar a la capital, Latimer —me conminó—. Ya conozco sus mañas.

—Escribiré el primero esta mañana, cuando se calme un poco todo este alboroto. Los siguientes los recibiré a uno por día, desde el lugar en que me encuentre.

—¿Qué dijo? —rugió.

—Tengo vacaciones. ¿Lo olvidó o qué le pasa a usted? Haré una excepción en este caso mandándole los artículos durante mis días libres..., pero no lo tome como norma porque no volverá a suceder jamás.

—¡Maldito si le consiento que me hable así! Usted hará sus vacaciones cuando haya entregado todo el material.

—Olvídelo. Esta vez no se saldrá con la suya. Y ahora que se me ocurre, creo que debería correr usted a entregar este mapa a su amigo Ford, para que sepan exactamente dónde cazar a toda esta pandilla, incluidos los extranjeros.

Titubeó, echando chispas por los ojos.

Pero yo le conocía bien, casi tanto como él me conocía a mí.

Tomó el mapa de un zarpazo. Maldijo entre dientes. Bufó y resopló hasta cansarse, y al fin dio media vuelta y salió disparado.

Nancy tenía los ojos húmedos cuando aproximó su cara a la mía.

—Gracias por todo lo que has hecho, Dick...

—No me las des. Te cobraré por ello.

—Sí.

El senador carraspeó. Me volví hacia él.

—Éste... se me ocurre que debería usted desaparecer de aquí durante unos días. La polvareda pasará pronto y entonces podrá usted volver a sus actividades, y espero que lo haga con absoluta independencia.

Nos miró. También en sus ojos había un sospechoso brillo. Sonrió.

—Creo que..., que está usted en lo cierto. Nos veremos dentro de algunos días. Besó a su hija y estrechó mi mano. La suya temblaba.

Cuando se hubo cerrado la puerta ella vino hacia mí, pero la detuve.

—Espera un minuto —dije.

Llamé al perro, que titubeó. Al fin vino detrás de mí hacia la puerta y salió. Cerré de golpe, di vuelta a la llave y regresé junto a Nancy.

—Ahora sí, primor. Sin colmillos, sin testigos indiscretos...

—Sólo tú y yo.

Al otro lado de la puerta, el perrazo gruñía y arañaba la madera. Pero ninguno de nosotros lo oyó siquiera.

FIN

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Marlin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



Impreso en España
Printed in Spain

EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

